7812

El

No sé qué..."

Testoni ?

Ejemplar n.º 35 utilizado exclusivamente para la representación teatral. (Fuera de venta.)

Entregado á D. Miguel Muñoz

El "no sé qué..."

COMEDIA EN 3 ACTOS, DE

ALFREDO TESTONI

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE Y. A. MARTRA Y J. ZALDÍVAR

ESTRENADA CON ÉXITO EXTRAORDINARIO EN EL «TEATRO PRINCIPAL» DE BARCELONA, EL 19 DE OCTUBRE DE 1904.

BARCELONA
VIDAL LLIMONA Y BOCETA
MALLORCA, 273, BAJOS,
1904

Ejemplar n.º ..... utilizado exclusivamente para la representación teatral. (Fuera de venta.)

Entregado á D. .....

El "No sé qué..."

COMEDIA EN 3 ACTOS, DE

ALFREDO TESTONI

VERSIÓN ESPAÑOLA

(7) 7

ESTRENADA CON ÉXITO EXTRAORDINARIO EN EL «TEATRO PRINCIPAL» DE BARCELONA, EL 19 DE OCTUBRE DE 1904.

BARCELONA
VIDAL LLIMONA Y BOCETA
MALLORCA, 273, BAJOS
1904

La presente traducción pertenece á los señores Vidal Llimona y Boceta, únicos propietarios del derecho exclusivo de traducción en España, Islas de Cnba, Puerto Rico y Filipinas.

Reservados los derechos de edición, de ejecución, de traducción, de reproducción y de arreglos, etc., para todos los países.

BARCELONA. — Fidel Giró, impresor. Calle Valencia, 233

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANTONIA, esposa del Conde de Rinaldi: : : : : : : : : : :	*Sra. TUBAU*
BLANCA, esposa del Barón Trivalta:	» *Martínez*
SARA : : : : : : : : : : :	» *Salas*
JULIA, camarera de Sara : : : :	» *Valls*
JUANA, camarera de Antonia : : :	» *Carbone (A.)*
EL CONDE RINALDI : : : : :	*Sr. García Ortega*
MANUEL, Marqués de Restelli : :	» *Reig*
CÉSAR TRIVALTA, Barón : : :	» *Sala Julien*
PEPE : : : : : : : : : : :	» *Santigosa*
UN CAMARERO del hotel: : : :	» *Molinero*

La acción Salsomaggiore (Italia). Actualidad.

671088

ACTO PRIMERO

Terraza de un Hotel. — Al fondo, paisaje. — A la izquierda, entrada del establecimiento. Veladores, sillas y bancos de jardín, etc.

ESCENA PRIMERA

El CONDE, leyendo un periódico. BLANCA, tipo elegantísimo, viene del interior del hotel.

CONDE. (*Levantándose.*) ¡Baronesa, cuanto madruga usted!

BLANCA. Sí; los compromisos ineludibles obligan. Más de una hora estuve con la Marquesa Osteglia, distribuyendo los billetes para el thé de beneficencia de mañana.

CONDE. Usted quiere, aunque de paso, dejar tras sus huellas el perfume de la caridad.

BLANCA. ¡Poética frase!

CONDE. Cerradas las Cámaras, también los diputados nos permitimos dirigir á tiempo una galantería.

BLANCA. ¿Y Antonia?

CONDE. En el *tennis,* por no perder la costumbre.

ESCENA II

Dichos, CÉSAR, por la derecha.

CÉSAR. ¡Querido Conde! (*Saludándole.*) — ¿Tú, aquí, mujercita mía? (*A Blanca.*)

BLANCA. ¿Tomaste ya el baño, tesoro?

CÉSAR. Y larguísimo, siguiendo tu consejo. ¿No ha venido el correo?

CONDE. No; yo también le estoy esperando.

CÉSAR. ¿Pero á qué hora llega á este balneario?

CONDE. Hoy se retrasa bastante.

CÉSAR. ¡Señor Diputado! Debe *su señoría* dirigir una interpelación al gobierno sobre este particular. (*Se sienta, encendiendo un cigarro.*)

CONDE. ¡No, que no!

ESCENA III

Dichos, ANTONIA, corriendo por la derecha. Luego MANOLO.

ANTONIA. ¡Victoria! Triunfo completo.

BLANCA. ¡Querida Antonia!

ANTONIA. ¡Blanca!

BLANCA. Victoria... ¿contra quién?

ANTONIA. Contra el muy noble Marqués de Restilli, mi primo.

BLANCA. ¡Oh, Manolo. . derrotado! (*A Manolo que avanza*)

MANOLO. (*Por la derecha, en riguroso traje de jugador de* tennis, *y riendo.*) Naturalmente. ¡He tenido por compañera á la señorita Bernaldetti que no acierta una!

ANTONIA. ¡Es claro! Se distrae mirándote melancólicamente y suspirando.

BLANCA. ¿De veras?

ANTONIA. Está enamorada de Manolo.

BLANCA. ¡Pobre Marqués! Si fuera usted mi compañero, no le derrotarían. Soy una jugadora invencible!

MANOLO. ¡E infatigable; lo sé!

BLANCA. ¿Vamos á la palestra?

MANOLO. ¡Estoy un poquito fatigado! (*Hablan bajito y pasean.*)

ANTONIA. Y mi señor marido, ¿ha terminado ya la lectura del periódico? (*Haciéndole una caricia en la cara.*)

CONDE. ¡Antonia! ¡Sé prudente! (*repeliéndola dulcemente.*)

ANTONIA. ¡Está bien! El señor grave no me admite una simple caricia. — Valiente marido tengo. ¿Eh, Barón? ¿qué le parece á usted?

CÉSAR. ¡Pchá! (*Sentándose en una chaise-longue.*)

ANTONIA. ¡Y pensar que si yo fuera hombre me sentiría orgulloso, al mostrarse mi mujer en presencia de los demás, tierna y afectuosa conmigo!

CÉSAR. Pero el Conde, que tiene buen corazón, no quiere que los demás sintamos envidia.

ANTONIA. Es muy raro, según dicen, hallar en nuestra clase una mujer enamorada de su marido. Los curiosos, deben disfrutar mucho, viendo en mí tales pruebas de cariño para con mi esposo. Debe regocijarles un espectáculo semejante... por la novedad.

CONDE. Eso de dar *espectáculos*, es poco halagüeño para un hombre serio como yo.

ANTONIA. ¡Vamos! Un padre... de la Patria no puede perder nunca su carácter de *respetable,* ¿verdad? Ha de tratar á sus hijos — si los tiene — como si fueran *proyectos de ley!* A su mujer, como á un artículo de las *Reformas sociales!...* ¡A sus abúelos, como á *Reales Decretos!* ¡Y á su suegra... como á una *proposición en contra*!

CÉSAR. ¡Bravo!

MANOLO. ¡Soberbio, prima!

ANTONIA. ¿Ves? Murmullos de aprobación en las tribunas.

BLANCA. ¡E impresión desfavorable en la Presidencia! (*Señalando al Conde.*) ¡Tienes mucho ingenio!

ANTONIA. Y un marido demasiado *político.*

CONDE. Mujer, no digas tonterías. Repito que los hombres serios, no debemos hacer papeles ridículos.

CÉSAR. ¿Pero es ridiculez que una mujer haga honestas caricias á su marido?

CONDE. En público hay que procurar no excederse.

ANTONIA. Pues anoche en el teatro verían ustedes... aquél enjambre de *viejos... graves* y *serios*, alardeando de *seductores!* ¡Qué gestos! ¡qué figuras y cómo lanzaban la visual apuntando sus gemelos á la estrella de primera magnitud recién llegada al balneario!

CONDE. ¡No me contaría yo entre los del enjambre!...

MANOLO. ¡Has citado á Sara, prima, oportunamente porque se halla de moda aquí!

BLANCA. ¡De moda una... cualquiera!

ANTONIA. ¡Ah! Pues aquellos vejestorios hacían la corte á Sara... sin apellido!

BLANCA. ¡Es muy extraño que una bailarina — dicen que Sara lo es á ratos perdidos — tenga un *círculo* de amigos!

ANTONIA. Un verdadero *círculo*... vicioso!

MANOLO. Las señoras del Patronato benéfico, rehusando la oferta de Sara para el *thé* de mañana, le han erigido un pedestal.

BLANCA. Como si entre personas decentes pudiéramos admitir á una aventurera.

MANOLO. ¡Pero tratándose de asuntos benéficos!...

BLANCA. ¿Oís cómo se explica el secretario del Comité para la fiesta de los Asilos infantiles?

CÉSAR. ¡El dualismo entre beneficencia y beneficencia!

BLANCA. (*A Manolo.*) ¿De modo que usted también es su abogado defensor? ¡Cuando digo yo que á Sara va á salirle un colegio de abogados!

MANOLO. Ustedes, señoras, distribuyen billetes de invitación al precio de *veinte liras*. ¡Ella por adquirir uno, ofrece *doscientas* y las rehusan ustedes? ¿Qué opina usted, señor banquero? (*A César.*)

CÉSAR. ¡Ah! Yo hubiera aceptado.

BLANCA. ¿De una *cocotte?*

CÉSAR. Pues, como *cocotte,* ha comprendido que para codearse con la buena sociedad, necesitaba elevar el precio.

BLANCA. No lo creáis. Ofreció *doscientas* liras como queriendo decir: «¡Yo valgo más que vosotras!»

ANTONIA. ¡Según eso cualquiera señora decente debería pagar *mil!*

CONDE. ¡Antonia!

MANOLO. Ello es que la conducta del Patronato ha dado importancia á Sara. ¡Todos se ocupan de ella!

ANTONIA. ¿Tú la conoces?

MANOLO. ¡De... vista!

BLANCA. (*Dudosa.*) !Eh, eh!

CÉSAR. (*Id.*) ¡Eh, eh!

ANTONIA. ¿Es simpática? ¿Tratable?

MANOLO. ¡Qué sé yo!

BLANCA. (*A César.*) ¿Oyes, *tití* mío? Dice que no lo sabe... ja, ja!

CÉSAR. ¡Que no lo sabe... ja, ja)

ESCENA IV

Dichos, camarero del hotel, con cartas, periódicos, tarjetas postales etcétera... etc...

CAMARERO. ¡El correo!

CONDE. ¡Cracias á Dios! (*Tomando cartas y periódicos. Cada cual lee su correspondencia.*)

ANTONIA. ¡Postales ilustradas! (*Examinándolas.*)

BLANCA. ¡Qué preciosas!

CONDE. (*Después de haber ojeado algunas.*) ¡Oh!...

ANTONIA. ¡Adiós! ¡Ausencia segura! Cuando mi marido exclama: *¡Oh!...* ya se sabe: Partida inmediata.

CONDE. Es el Diputado Pranvolti... — Me anuncia su llegada. Viene á la quinta de un amigo á dos leguas de aquí. Es mi *colega* de comisión para las listas electorales.

CÉSAR. ¡Las listas... Son unas *relaciones* interminables... largas!

ANTONIA. ¡Ya!

CONDE. Pranvolti quiere que almuerce con él.

ANTONIA. ¿De modo que no almorzarás aquí?

CONDE. ¿No te digo? Si viene *exprofeso* para ponerse de acuerdo conmigo sobre las nuevas *relaciones* del censo electoral.

ANTONIA. ¡Vamos! ¡Lo de siempre!... Te prometo en las próximas elecciones, hacer propaganda en favor de tu adversario.

CONDE. ¡Magnífica idea! Como la Marquesa del Lirio. Para que se diga luego de ti lo que de ella... Que combatía al marido porque le era demasiado simpático el candidato contrario.

ANTONIA. ¡Valiente tontería! Yo en su lugar hubiera apoyado con todas mis fuerzas á mi marido.

CÉSAR. ¿Oyes?

ANTONIA. Naturalmente, para tenerlo léjos de mí. Y á las pruebas me remito. — En Roma ó en Provincias; abiertas ó cerradas las Cámaras; sea verano ó invierno, tus *altas* ocupaciones nos separan continuamente.

CONDE. ¡Es cierto!

ANTONIA. Pero no temas. No me aprovecharé de tu ausencia; *siempre serás mi elegido!*

CONDE. ¡Menos mal! (*Levantándose.*) ¡Vaya! Voy á proveerme de los datos necesarios.

ANTONIA. ¿Quieres alguna cosa? ¿Voy contigo?

CONDE. No, mujer. — Vuelvo á despedirme de todos. — A ti, (*á César*) Barón, que eres el más viejo, te confío mi mujer.

BLANCA. El más viejo, ¿oyes *titi?*

CÉSAR. Ya lo creo. Cuando él no está... presente.

ANTONIA. Vuelve pronto. (*Colgándose del brazo del Conde.*)

CONDE. Esta misma tarde. (*Vánse al hotel.*)

BLANCA. Con que... Manolo.

MANOLO. ¿Eh? (*Sorprendido.*)

BLANCA. (*A César.*) ¿Lo ves, tesoro mío? Está preocupado, ¡Siempre pensando en la simpática Sara!...

CÉSAR. ¡Hay que compadecerle! ¡El muchacho rompe las primeras lanzas en las lides amorosas!

BLANCA. ¿Y la partida de *tennis?* (*A Manolo.*)

MANOLO. Estoy á sus órdenes.

BLANCA. Pues vamos allá.

CÉSAR. (*Tranquilo.*) Andad; yo espero aquí el resultado... con la mayor impaciencia. (*Arrellanándose más.*)

BLANCA. Usted siga mi juego... que es la manera de no perder.

MANOLO. ¡Por supuesto! (*Váse con Blanca por la derecha.*)

ESCENA V

CÉSAR, ANTONIA, que vuelve lentamente hasta colocarse junto á César, preguntándole de pronto:

ANTONIA. ¿Le encuentra usted frío?

CÉSAR. ¿A quién?

ANTONIA. A mi marido.

CÉSAR. ¡Ah! no soy juez competente...

ANTONIA. Pues yo sí. ¡Y le encuentro frío, horrriblemente frío!... ¡Desgraciada de mí! ¡Haberme enamorado de una persona grave!... solemne! Siempre con la política en los labios. ¡Siempre con el Parlamento á vueltas! ¡Y ni una caricia para su mujer! ¡Jamás aconsejaré á una amiga que se case con un Diputado!

CÉSAR. Condesa... conozco al Conde, desde que éramos muchachos y dudo que haya otro hombre más amable que él! ¡Y aun añadiré otro marido más enamorado!

ANTONIA. ¡Ah! ¿Son así los maridos enamorados? ¡En ese caso, confieso que *trabajillo* vá á costarle á usted convencerme!... Hasta ahora... no...

CÉSAR. (*Riendo.*) Dispénseme usted, pero creo que sus pretensiones son muy cxtrañas...

ANTONIA. ¿Extrañas? ¡Sencillísimas! Pretendo quc mi marido sea para mí lo que yo soy para él. ¡Puesto que hemos de vivir juntos, vivamos lo mejor posible!... ¿No observa usted su conducta? ¡Es un hombre de hielo!

CÉSAR. Pero si todo él es finura, delicadeza, comedimiento...

ANTONIA. ¡Sí, sí! ¡Demasiado! Yo quisiera también reñir, disputar como generalmente ocurre entre marido y mujer, seguir el ejemplo de otros matrimonios que se tiran los platos á la cabeza, — metafóricamente hablando, – y terminan la riña con estrecho y prolongado abrazo!

CÉSAR. ¡Ja, ja! ¡Es chistoso! ¿Usted cree que la culpa de

esa frialdad, la tiene su marido? ¡Los maridos aman así á sus mujeres porque las mujeres propias no saben hacerse amar más que así.

ANTONIA. ¿Nosotras?

CÉSAR. ¡Naturalmente! Cierto que las mujeres, tampoco tienen culpa. Pasan de la mamá al marido sin... ¿cómo explicarlo?... sin los estudios necesarios...

ANUONIA. ¿Y qué es lo que hemos de estudiar?

CÉSAL ¡Al hombre!

ANTONIA. ¡Ah! Es materia difícil. ¡Debe resultarle al hombre mucho más fácil el estudio de la mujer!

CÉSAR. ¡Y tanto! ¡Por eso la estudia antes del matrimonio! Durante todo el *curso* regular en la *escuela del amor,* con sus *exámenes* correspondientes.

ANTONIA. No sé si ustedes se conformarían con que las muchachas al casarse hubieran sufrido los *exámenes*... de fin de curso.

CÉSAR. ¡Ah! Según, según.

ANTONIA. Por lo demás... tiene usted razón. ¡Los hombres prefieren á las mujeres instruídas ó *maestras* en materias de amor... y desdeñan á las pobres ignorantes como yo!

CÉSAR. ¡Bah!

ANTONIA. Los ejemplos no faltan. Sara la bailarina por ejemplo. ¡A cuántos habrá traído al retortero, fascinándoles... convirtiéndoles en sus esclavos!... ¡¡Y es natural! ¡Poseerá atractivos ocultos á los ojos profanos...! ¡Esa si que habrá obtenido premios... y notas de *sobresaliente* en sus brillantes exámenes!

CÉSAR. (*Riendo.*) ¡Perdóneme usted si me río... con todo el respeto que se merece, Condesita... pero me divierten sus reflexiones!

ANTONIA Que son lógica consecuencia de cuanto ha dicho usted. Sentado el principio, yo he puesto el ejemplo. ¿Y cuál es la conclusión? ¡Qué una mujer como Sara, en amores, vale mucho más que una mujer... decente!

CÉSAR. ¡Exageración! ¡Yo he dicho que la mujer para ser amada, necesita demostrar su aptitud amorosa! ¡Saber amar!

ANTONIA. (*Con ingenuidad.*) ¿Me quiere usted enseñar esa ciencia... arte... ó lo que sea?

CÉSAR. ¡Ja, ja! ¡Como si fuera la cosa más sencilla del mundo!...

ANTONIA. ¡Cuántas veces, al ver que se marcha mi marido tranquilamente, sin inmutarse lo más mínimo, quisiera detenerlo!... ¿Pero cómo? ¡Me amilano!... No encuentro palabras... así es que apenas se ha marchado siento una rábia... ¡qué rábia!... ¡Hasta lloraría!... ¡Y apuesto cualquier cosa, Barón, á que la señora... Sara... retiene á sus amigos junto á ella, todo el tiempo que se le antoja.

CÉSAR. ¡Es más que probable... seguro!

ANTONIA. Dígame usted. ¿Y para que una mujer honrada pueda aprender bien ese método ignorado, no hay libros de texto?

CÉSAR. ¡En ediciones... correctas y revisadas por la censura... creo que no.

ESCENA VI

El CONDE, UN CAMARERO y dichos. El Camarero precede al Conde con un pequeño envoltorio de papeles y váse por la derecha.

CONDE. (*Por la izquierda yendo hácia Antonia.*) Con que, Antonia,hasta la tarde, ¿eh?

ANTONIA. Hasta la tarde.

CONDE. ¿Almorzarás en compañía de estos buenos amigos?

CÉSAR.¡Ya lo creo!

ANTONIA. Y tú al ocuparte de las relaciones del censo electoral, piensa en mí,

CONDE. (*Riendo.*) Naturalmente.

ANTONIA. He dicho una simpleza, ¿verdad?

CONDE. ¡Al contrario! — César, despídeme de la Baronesa.

CÉSAR. Aquí está.

ESCENA VII

Dichos BLANCA y MANOLO.

BLANCA. En el *torneo* se reclama tu presencia. Ha surgido un conflicto y te han nombrado árbitro... ¡Anda, tesoro!

CÉSAR. El Conde quiere despedirse de ti.

BLANCA. ¡Hasta la hora de la cena!

ANTONIA. Y no te fatigues mucho. ¡Piensa en que tienes mujercita. (*Apoyándose en un brazo y dirigiéndose á la derecha.*)

CONDE ¡Lo pensaré!

ANTONIA Te acompañaré hasta el coche. (*vase.*)

BLANCA. (*A César.*) ¡Con que, anda!

CÉSAR. ¡Voy! (*A Manolo.*) Acabo de darle á tu prima una lección superior.

MANOLO. De perversión, con toda seguridad.

BLANCA. ¿Oyes como te calumnia, pobre *titi* mío?

CÉSAR. ¿Vienes conmigo?

BLANCA. No. Descansaré un momento.

CÉSAR. ¡Bueno! ¡Bueno!

BLANCA. ¡Digo! ¡Si tienes celos de éste caballerito, te acompañaré. (*Riendo y acariciando á César.*)

CÉSAR. ¡Qué tontería! (*Váse por la derecha.*)

ESCENA VIII

BLANCA y MANOLO

BLANCA. ¡Bonita conducta!

MANOLO. ¿La mía? ¿Por qué?

BLANCA. ¡Defender en mi presencia á esa mujer! ¡Eres un chiquillo!

MANOLO. ¡Cómo á un chiquillo me tratas efectivamente!

BLANCA. Me ataca los nervios, verte coquetear con otras.

MANULO. ¿Sí, eh?

BLANCA. ¡Viene César!... ¡Adiós tití! ¡Ja, ja, ja! (*váse.*)

MANOLO. ¡Lo dicho! ¡Me toma por un colegial!... ¡Pues no faltaba más!

ESCENA IX

MANOLO y CÉSAR

CÉSAR. ¡No necesitaban de mí! ¡Ha sido una broma de Blanca!... ¿Pero qué te pasa? Estás, así, preocupado.

MANOLO. ¡No, no!

CÉSAR. ¡Vaya! ¿A qué te ha gastado alguna otra bromita mi mujer?

MANOLO. ¿Eh?

CÉSAR. ¡Sé franco!... Se burla de tus pasiones amorosas ¿verdad?

MANOLO. Pero...

CÉSAR. Siempre me está diciendo que se divierte mucho contigo, adivinándote el juego.

MANOLO. ¡Hombre! ¿De veras?

CÉSAR. Y tiene razón. Los que somos un poco prácticos y conocemos el mundo, estamos autorizados para decirte que tomas muy en sério á las mujeres.—Por ejemplo, tu exaltación de hace poco por la bailarina Sara... Comprendo que eres un *novato,* y naturalmente, te falta la práctica. ¡Otro como tu prima Antonia! ¡Dos pobres colegiales! ¡Dos neófitos!

MANOLO. ¿Sí, eh?

CÉSAR. Os falta el *savoir-faire*... (1) *ese no sé qué* preciso, para no ser dominados por el sexo contrario.

MANOLO. ¡Empiezo á creer que tienes razón!

CÉSAR ¡Es claro!

MANOLO. ¡Ah! ¡Si yo fuera hombre de mundo, tan... maestro y tan *largo* como tú!

CÉSAR. Ja, ja! ¿Estás enamorado?

MANOLO. No; pero quisiera entrar en el anacreóntico parque de Cupido...

CÉSAR. ¡Ah, pillín, qué frasecilla! ¿Y quién es la tirana que te sugestiona?

MANOLO. Ninguna.

CÉSAR. ¡Vamos! ¿La bailarina?

MANOLO. ¡Ca!

---

(1) Pronúnciase *savuar fer.*

CÉSAR. ¿Qué apostamos á que si trato de buscarla... la encuentro? ¿Está casada?

MANOLO. (*Rápido.*) ¡No! ¡Es viuda!

CÉSAR. ¡Hola, hola! ¡Bocado exquisito! ¡Una viuda! ¡las viudas aventajan á las otras en experiencia... Saben atraer mejor...

MANOLO. ¿Sí?

CÉSAR. ¡Mi mujer, por ejemplo!

MANOLO. ¿Eh? (*Entusiasmado.*)

CÉSAR. Mi mujer era viuda, cuando se casó conmigo.

MANOLO. ¡Ya!

CÉSAR. Pero ten en cuenta que una viuda en la intimidad es avasalladora; quiere dominar siempre... fundándose en su gran práctica del mundo.

MANOLO. ¡Se comprende!

CÉSAR. ¡En tal caso es preciso revelarse... para conquistar su amor seriamente! Tengo observado que la mujer se cansa antes de los enamorados humildes, sumisos y blandos, que de los enérgicos é intransigentes. Yo, á tu edad, tenía dos, tres, cuatro...

MANOLO. ¿Viudas?

CÉSAR. No, no; Era galante con todas, tierno, dulce, expansivo según las circunstancias, pero apenas veía que una de ellas quería subyugarme, se imponía San Benito de Palermo, y con unas friegas de savia de fresno... sumisión absoluta! ¡Aprende, amado Teótimo!

MANOLO. ¡Gracias, (*expansivo*) por la lección!

CÉSAR. ¡Aprovéchala! — ¿Almorzarás con nosotros?

MANOLO. ¡No puedo! Estoy convidado.

CÉSAR. ¡Entonces... no insisto! Hasta luego. (*váse por la izquierda.*)

ESCENA X

MANOLO y ANTONIA por la derecha

MANOLO. (*Sigue con la vista á César, al volverse vé á Antonia.*) ¡Hola, prima! Oye. ¿Sabes que he observado una cosa?

ANTONIA. ¿Qué?

MANOLO. Que los hombres que hacen alarde de sabios, ante los demás, son imbéciles para consigo mismos.

ANTONIA. ¿Por qué dices eso?

MANOLO. Por nada. ¡Es una reflexión de hombre grave que empieza á conocer á los demás!

ANTONIA. ¿Y á las mujeres las conoces?

MANOLO. Estoy en camino.

ANTONIA. (*Riendo.*) Blanca sostiene que no has empezado á conocerlas...

MANOLO. ¿También contigo habla de eso?... Será lo mejor rogar á la Baronesa que lo publique en la plana de anuncios de un periódico... ó que haga unas circulares...

ANTONIA. Me parece que su marido y el mío son de la misma opinión y practican idéntica escuela.

MANOLO. Lo sé, lo sé.

ANTONIA. (*Riendo.*) ¿De modo?...

MANOLO. De modo... (*Id. algo forzado.*)

ANTONIA. Oye, Manolo. ¿Conoces á Sara? (*Rápida.*)

MANOLO. ¡Caracoles! ¡Vaya una pregunta!

ANTONIA. ¿La conoces?

MANOLO. ¡De... vista!

ANTONIA. ¿No has hablado con ella nunca? ¡Dí la verdad!

MANOLO. No; pero...

ANTONIA. ¿Pero qué?

MANOLO. Sé donde... vive.

ANTONIA. ¡Ah!... ¡Pues conociendo su domicilio... ja, ja, ja!

MANOLO. ¡Vaya una risita intencionada! ¡Búrlate también de mí!

ANTONIA. ¿Yo? ¡Si te necesito!

MANOLO. ¿Me necesitas?

ANTONIA. Sí, Manolo. (*Séria y suspirando.*) ¡Porque soy muy desgraciada!

MANOLO. ¿Tú?

ANTONIA. ¡Desgraciadísima!

MANOLO. ¿Pero qué tengo yo que ver...?

ANTONIA. Acaricio una idea. Si te propongo un proyecto... no me digas que no...

MANOLO: ¡Venga el proyecto!

ANTONIA. Quiero ir á ver á Sara.

MANOLO. ¡Antonia!

ANTONIA. Será una locura, un capricho, lo que quieras, pero estoy persuadida de que es verdad cuánto me ha dicho el Barón...

MANOLO. Pero ¿qué demonios te ha dicho?

ANTONIA. Que á nosotras, las mujeres... *decentes,* nos falta saber cómo se domina á los hombres. ¿Quién posee este secreto, según dicen? ¡Sara! Mi marido es un pedazo de hielo. Yo necesito la receta para trocarle en todo lo contrario. ¡Iré á buscar el remedio á la *farmacia* donde tienen la exclusiva!

MANOLO. ¿Y tú crees que Sara te venderá la *fórmula* del... *medicamento?*

ANTONIA. No pretendo más que verme cerca de una de esas hechiceras... Oir cómo hablan, cómo viven, de qué ambiente se rodean... ¿Qué tiene esto de particular? El Barón lo afirma. ¡Necesitamos ir á la *escuela!*

MANOLO. ¿Pero quieres hacerme el singularísimo favor de decirme qué pito toco yo en este asunto?

ANTONIA. Cuento contigo, Manolo. He pensado en todo. Sara ha ofrecido doscientas liras para asistir al *thé* de mañana... Las señoras del Patronato han rehusado su oferta. Yo no soy de la Junta, pero puedo formar parte de un Comité de Beneficencia que vá recogiendo socorros! ¿No eres el Secretario para la organización de la fiesta á beneficio de los Asilos infantiles? Pues bien, tú y yo, conociendo los nobles sentimientos de Sara, vamos á su casa. Yo, acompañada de mi marido el Secretario, voy á suplicarla que contribuya caritativamente en pro de los niños pobres asilados! La cosa es sencillísima.

MANOLO, ¿Y yo soy... tu marido?

ANTONIA. ¡Claro! Tú como hombre, te muestras con ella fino y galante. De la beneficencia se pasa á otra cosa. Sueltas allí una frase arriesgada de amores,

después hablas mal de las mujeres, ella toma parte en la conversación, se acalora, manifiesta sus pensamientos, tú la estimulas, la aguijoneas... ella abre de par en par el alma... y yo...

MANOLO. Te asomas.

ANTONIA. ¡Justo! La escucho, y aprendo!

MANOLO. ¿Pero desde cuando piensas en semejante locura?

ANTONIA. Desde el momento en que mi marido me estrechó la mano al subir al coche. ¡Sin duda el besarme delante del cochero era comprometer su dignidad! ¡Digo! ¡Y ese auriga que ni siquiera es uno de sus *electores!* Desde entonces decidí poner en práctica el proyecto y á toda costa realizarlo! ¡Yo voy á casa de Sara!

MANOLO. Irás... pero no conmigo. ¡Que te diviertas!

ANTONIA. ¿Que no vienes?

MANOLO. ¡No!

ESCENA XI

Dichos, BLANCA.

BLANCA. (*Saliendo del hotel.*) ¡Ah! ¿Estáis aquí? Y disputando, ¿eh?

MANOLO. Al contrario. Auguraba una gran diversión á mi prima en el thé de mañana. (*Adoptando aire desenvuelto al aparecer Blanca.*)

ANTONIA. (*Concibiendo repentinamente una idea.*) ¡Oh, qué idea! ¡Blanca vendrá conmigo!

BLANCA. ¿A dónde?

ANTONIA. Quiero visitar á... Sara.

BLANCA. ¿Qué?

ANTONIA. Deseo pedirle que favorezca á los niños pobres. Tú me acompañarás ¿eh?

BLANCA. ¡Valiente locura! ¿Yo, una de las señoras de la Junta del Patronato que rehusó su oferta? ¡Me mancharía sólo con tocar el botón eléctrico de la puerta de su habitación!

ANTONIA. ¡Para eso llevamos guantes!

BLANCA. Pero tú deliras. ¡Nosotras, de la buena sociedad!

ANTONIA. ¿Y quién te asegura que sea la nuestra la buena? Apuesto á que *esa... señora,* no cambia la suya por la nuestra.

BLANCA. Pero... (*A Manolo.*) ¿Y usted, Marqués, le aconsejo?...

MANOLO. ¿Yo?

ANTONIA. Sí, Manolo me dijo: Ya verás tú; es una excelente persona; la conozco á fondo. Hará un donativo para los pobres, muy superior al de las señoras del Patronato! Y después de todo, ¿qué tiene esto de particular?

BLANCA. (*A Manolo.*) ¡Me choca mucho en usted!

ANTONIA. ¡Vamos; comprendo que hice mal en decírtelo. Pero tú nos guardarás una prudente reserva. ¿Me prometes callar?

BLANCA. ¡En cuanto vea á tu marido, se lo digo!

ANTONIA. No gastes bromas.

BLANCA. ¡Palabra!

ANTONIA. Entonces... No iré. ¡Desisto!

BLANCA. ¡Menos mal!

ANTONIA. Pero como quiero conocer de todas maneras, qué clase de vida lleva esa señora — y este es un capricho que nadie me lo quitará de la cabeza, — Manolito me complacerá yendo solo...

BLANCA. ¿Solo? ¿El? ¿A visitar á Sara? ¡De ninguna manera! ¡Eso es peor!

MANOLO. ¿Peor... por qué?

BLANCA. Porque tratándose de un joven... En fin, confío en que no aceptará usted... semejante... comisión.

MANOLO. (*Con gran importancia.*) ¡Pché! ¡Veremos! Es un favor que me pide mi prima... y...

BLANCA. ¡Visitar á una... bailarina!

ANTONIA. ¡Cualquiera diría que te disgusta que vaya mi primo!

BLANCA. ¿Disgustarme? ¡Ca! Por mí...

ANTONIA. ¡Creía!... ¡Así, todo está arreglado! Manolo cuando regrese, me contará todo... punto por punto!

BLANCA. ¡Ya! ¡Punto por punto!

MANOLO Trataré de enterarme de todos los detalles... Investigaré... y escrudiñaré el campo enemigo...

BLANCA. Campo mal defendido... y de fácil acceso... ¡No creo que sea árdua empresa la victoria!

ANTONIA. ¿Pero qué victoria? ¡Si no habrá lucha... ni ataque!... ¡Se trata solamente de una exploración...

BLANCA. ¡Cuidado con las emboscadas!

MANOLO. ¡Ya me guardaré, señora!

ANTONIA. ¡Vaya! ¡Entendidos! Que sea pronto...

MANOLO. Voy al hotel. Almorzaré y después... á visitar á Sara.

ANTONIA. ¿Vienes al *tennys,* Blanca?

BLANCA. Me espera mi marido... ¡Perdóname que no te acompañe! (*Medio mutis hácia la izquierda.*)

ANTONIA. Hasta luego, Manolo... Te aguardo impaciente... (*Váse izquierda.*)

ESCENA XII

MANOLO, BLANCA (que vuelve.)

BLANCA. ¡Eres un... relapso!

MANOLO. ¡Bueno! — Me parece que hojeas el diccionario, buscando epítetos para aplicármelos con toda la saña de que dispones!

BLANCA. ¡Te prohibo que vayas á visitar á la bailarina!

MANOLO. Se lo he prometido á mi prima.

BLANCA. ¡Pues no irás!

MANOLO. ¿Que no? (*Amenazándola como si fuera á descargarla un bofetón.*)

BLANCA. ¿Qué es eso? (*Esquivando el golpe.*)

MANOLO. (*Repitiendo el ademán con firmeza.*) ¡Que iré!

BLANCA. ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Peor para tí! (*Váse nerviosa.*)

MANOLO. ¡Peor ó mejor!

ESCENA XIII

MANOLO, luego ANTONIA.

MANOLO. (*Satisfecho.*) ¡Ah!... ¡Sobresaliente! ¡Sobresaliente! (*Frotándose las manos.*)

ANTONIA. (*Avanzando.*) ¡Manolo!

MANOLO. ¿Eh?

ANTONIA. ¡Qué alegre y satisfecho estás!

MANOLO. ¡Es que soy un discípulo aprovechado! ¡He sabido la lección de corrido!...

ANTONIA. ¿Qué lección?

MANOLO. ¡Ninguna!... Adiós...

ANTONIA. Espera un momento. Quedamos en que á las dos en punto nos reuniremos.

MANOLO. ¿Pero... cómo?

ANTONIA. ¡No seas tonto! ¿No comprendes? He dicho que no iría á visitar á Sara, por librarme de Blanca.

MANOLO. ¡Ah! ¿Es decir que vienes conmigo?

ANTONIA. Espérame á las dos en punto, en la puertecilla excusada del Hotel... Saldremos con todas las precauciones necesarias... Así como si fuésemos dos enamorados misteriosos.

MANOLO. ¡Primita! ¡Primita!

ANTONIA. ¡No temas!

MANOLO. ¡Bueno, bueno! Siga la danza!

ANTONIA. ¡La danza! Muy propio para ir á visitar á una bailarina!

MANOLO. ¿Con que soy... tu maridito?

ANTONIA. Y yo tu mujercita..

MANOLO. ¡Ay, ay, ay! Este paso...

ANTONIA: ¡Vá á ser un *paso á dos*... de género nuevo! (*Sepáranse riendo. Antonia al hotel; Manolo por la izquierda.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Salón amueblado con lujo algo grotesco; algunas coronas de laurel con cintas, en un ángulo. Infinidad de retratos en las mesas. Flores naturales en jarrones.

ESCENA PRIMERA

El CONDE, SARA, JULIA. El Conde pasea arriba y abajo tomando á sorbos una taza de thé. Sara, con elegante traje de mañana, sentada, ó más bien, recostada en una butaca fumando un cigarrilo. Julia, la camarera, colocando en la bandeja que hay sobre el velador, parte del servicio de thé.

CONDE. (*De mal humor.*) Ya que vuelves á la misma canción, digo y sostengo que no debes hacerlo. Es la centésima vez que lo repito, Sara.

SARA. ¡Muy bonito! ¡Qué amabilidad! Cuando estás de mal humor, deberías almorzar en tu casa.

JULIA. ¿Volvemos á empezar?

CONDE. (*Furioso.*) Yo no hablo con usted.

JULIA. Me parece un despropósito incomodarse por una tontería.

CONDE. Tontería, ¡justo! Una de las tantas inspiradas por usted.

JULIA. ¿Por mí? Creo que la *señorita*, no se ha puesto nunca en ridículo por mi causa. Siempre he servido en casas *grandes*... ¿sabe usted?... de la más alta aristocracia, y sé como hay que tratar las personas y los asuntos. Por lo demás, si ella no está contenta... y no le sirvo para el caso...

SARA ¡Tú no tienes más ama y señora que yo... y basta!

JULIA. Es que... como el señor Diputado...

SARA. ¡Basta, digo! (*Indicación para que se vaya Julia. Ésta se vá por la izquierda, llevándose el servicio.*)

ESCENA II

EL CONDE y SARA

SARA. ¡Sólo falta que me plantes en la calle á la doncella! Una muchacha á quien debo gratitud y reconocimiento.

CONDE. ¡Ya! Por enseñarte las costumbres de la alta sociedad... Porque ha estado sirviendo en casa de... ¿de quién?

SARA. De la Duquesa de *Via-Bella!*

CONDE. ¡Oh! *¡Via-Bella!*

SARA. Sí, señor.

CONDE. ¿Y la idea del ofrecimiento de las *200 liras* por la entrada al thé de beneficencia? ¡apuesto que ha sido suya! ¡Soberbia idea! Todo el mundo habla del caso en el Balneario. ¡Es la comidilla! Luego las murmuradoras querrán enterarse de tu vida, á quién recibes, quiénes son tus amigos. Los periodistas asediarán á Julia. Te pedirán alguna *interviú*. Ella cometerá la indiscreción de citarme entre tus contertulios...

SARA. Citará tu nombre. ¿Y qué?

CONDE. ¡Ah! ¡nada! ¡Una friolera! Tu adjunta doncella y tú os quedaríais tranquilas y satisfechas.

SARA. En Roma, no eres tan puritano.

CONDE. ¡Vaya una salida! En Roma los diputados que se distraen, gozan de toda clase de consideraciones, especialmente por parte del gobierno. ¡Pero aquí, en un caserío... en una población pequeña donde á todos se les señala con el dedo!

SARA. ¿Y qué culpa tengo yo? Esos cargos debes hacérselos á esas... *señoras* del Patronato que me dieron con la puerta en las narices. ¡Mientras que yo puedo demostrar que conozco las maneras de la alta sociedad como ellas... ó quizá mejor!

CONDE. ¡Ya! La parodia de esas maneras.

SARA. ¡Ay, *Lulú! ¡Lulú!* ¡Ya no eres *aquél* de hace algunos meses.

CONDE. ¡Y dále bola! ¡Pero si por estar á tu lado soporto hasta las observaciones de tu doncella! Yo, que por venir á verte invento conferencias; confronto *relaciones* electorales imaginarias... y tengo que entrar y salir en esta casa como un conspirador...

SARA. ¡Es que te dió por ahí! Ahora te figuras que toda precaución es poca.

CONDE. ¿Pero quién podía imaginarse que ibas á caer aquí como una bomba?

SARA. ¿También me haces cargos por eso?

CONDE. Vamos; ¿á que tu doncella por hacer algo... *chic*... aristocrático, te aconsejó que vinieras á estos baños *sodi-yodurados?* ¡Y si no fuera más que esto! Pero apenas llegas, ¡paf! la baladronada de las *doscientas liras!*

SARA. La Duquesa de *Via-Bella* hubiera ofrecido *mil!*

CONDE. Pero esa respetable Duquesa...

SARA. No es una bailarina, ¿eh?

CONDE. Naturalmente.

SARA. Pues bien, yo no quiero estar aquí *emparedada,* ¿entiendes? ¡Quiero que se hable de mí! ¡Que las señoras de tu sociedad, que me miran de arriba abajo, se ocupen de mí! ¡Sí, señor! ¡sí, señor!... ¡Como si yo no pudiese hacer una limosna á quien me diera la gana!

CONDE. ¡Pero no con mi dinero!

SARA. ¡Ah! ¡Ya pareció aquello! ¡Con tu dinero! ¡Por fin lo soltaste! ¿Derrochas mucho? ¿Te arruino? ¡Bien! ¡Nada más fácil de arreglar! ¡Véte... y que te conserves rollizo! ¡Aquella es la puerta... y tan amigos como antes!...

CONDE. ¡No tienes sentido común! ¡No es por el dinero! Repito...

SARA. ¡Yo repito que me gustan las cositas claras! ¡Buen viaje!

CONDE. ¿Pero hablas en sério?

SARA. Me extraña verte ahí todavía.

CONDE. Como si fuera tan sencillo el marcharse á pié hasta el Balneario ¡Dos leguas!

SARA. ¡Mandaré por un coche! ¡Julia!

CONDE. ¿Te has propuesto volverme loco? ¡Sara! ¡Sara!

ESCENA III

Dichos, JULIA por la izquierda

JULIA. ¿Llamaban?

SARA. Di á Pepe que vaya á buscar un coche *cerrado* para el señor Conde.

JULIA. ¡Cómo! ¿Se marcha ya? ¿Pero á qué viene esto?...

CONDE. ¿Y á usted qué le importa?

SARA. ¡Anda, anda! (*A Julia.*)

JULIA. Me permito observar que cuando *discuten* ustedes... *discuten* demasiado fuerte.

CONDE. ¡Nadie le dá á usted vela en este entierro!

JULIA. Disputar á gritos, no es *chic!*

SARA. ¡Julia! ¡Basta! (*Váse Julia foro, moviendo la cabeza.*)

ESCENA IV

Dichos, menos JULIA

CONDE. ¡Sara!... Piensa lo que haces... ¡Después lo sentirás! ¡Vuelve de tu acuerdo!...

SARA. (*Volviéndole la espalda.*) ¡Oh! *¡Cuidado que eres pelma!*

CONDE. ¡Haz el favor de no exaltarme más!... Ya sabes cuánto me irrita esa frase grosera. Eso de «*¡Cuidado que eres pelma*», me ataca los nervios! ¡me hace el efecto de un cañonazo con metralla de hortaliza! Vamos... ¡Avente á razones!... (*Mimoso.*) ¡Sé buena, Fifí!... ¡Fifí mía!...

SARA. (*Finge llorar, ocultando la cabeza entre los almohadones del sofá.*) ¡Me estás matando! ¡Oh! ¡Pero todo acabará muy pronto!... ¡Estoy harta de vivir así!... ¡No puedo más!

CONDE. ¡No digas eso!... ¡Siempre esas palabras de desesperación cuando tenemos alguna disputa!...

SARA. ¡Ay, *Lulú! ¡Lulú!*

CONDE. ¡Ea! *Fifí*... ¡no te recriminaré más!... (*Trata de abrazarla.*)

SARA. (*Levantándose de pronto.*) ¡Y mañana volveremos á las andadas!... ¡No, no, no y no! ¡Lo mejor será que acabemos de una vez!

CONDE. Voy sospechando que lo deseas. ¡Dílo sin ambajes ni rodeos! Aquí estorbo, ¿verdad? ¡Bien! ¡Pues otro talla! ¡Adiós!

SARA. ¡Adiós!

CONDE. Te advierto que no seré el primero en ceder...

SARA. ¡Te aseguro que seré la última! (*Váse derecha, cerrando la puerta de golpe.*)

CONDE. ¡Oye!... Una palabra.

ESCENA V

CONDE y JULIA

JULIA. El coche espera. ¿Y la señorita?

CONDE. (*Agitadísimo*) ¡Allí! ¡allí!

JULIA. ¡Otra escena! ¡Vá usted á matármela á disgustos!...

CONDE. Mira, Julia, tú no eres una doméstica; eres una *obstrucción* continua é insoportable! (*Óyese dentro ruido de sillas que caen y vagilla que se rompe.*) ¡Adiós! ¡Ya está haciéndolo todo añicos! ¡Lo de siempre! ¡Vaya usted á calmarla! (*A Julia que entra por la puerta que desapareció Sara.*) ¡Hoy la crisis es total! Oigamos... (*Vá hacia la puerta.*)

JULIA, (*Saliendo.*) ¡Bueno!

CONDE. ¿Qué?

JULIA. ¡Está nerviosa! ¡Muy nerviosa! No quiere ver á nadie.

CONDE. ¡Comprendo!. . ¡Venga mi sombrero!

JULIA. Después la convenceremos.

CONDE. ¡No! ¡Yo no vuelvo, no vuelvo más! (*Vá hácia el foro. Suena una campanilla ó timbre.*) ¿Llaman?

JULIA. ¿Quién será?

CONDE. (*Retrocediendo.*) ¡Y no hay más salida que ésta! Vaya usted...

JULIA. Pepe debe estar á la puerta.

CONDE. No importa. Puede ser algún impertinente. (*La empuja hácia el fondo.*)

JULIA. (*Encontrándose con Pepe que entra.*) ¿Quién es?

ESCENA VI

DICHOS y PEPE

PEPE. Son dos.

CONDE ¿Hombres?

PEPE. No, señor; un caballero y una señora.

JULIA (*Asombrada*) ¡Cómo! ¿También una señora?

PEPE. Preguntan por la señorita.

JULIA. ¿Pero qué señas tienen?

PEPE. Parecen personas distinguidas. Vienen, según han dicho, á recoger donativos.

CONDE. ¡Qué no me vean! ¿Dónde me escondo? (*Muy asustado.*)

JULIA. ¡Anda, Pepe! — ¡Ahora salgo! (*Pepe se vá, foro.*) ¡Qué gusto! Seguramente son dos de la aristocrácia. ¡Ay! ¡Gracias á Dios que vamos á recibir á dos personas decentes!

CONDE ¡Me conocen, con toda seguridad!

JULIA. Entre usted aquí un instante. (*Indica la izquierda.*)

CONDE. ¡Cómo! ¿En la cocina?

JULIA. No hay remedio. Un poco de paciencia. Se podrá usted marchar sin que nadie le vea salir. ¡Tantas veces me he visto en estas trapisondas...

CONDE. ¡Un padre de la Pátria junto al fogón! ¡Si me vieran mis electores! (*Entra en la cocina cerrando.*)

ESCENA VII

PEPE, JULIA, MANOLO y ANTONIA

JULIA. Pepe, que pasen.

PEPE. (*Desde el foro.*) Pasen ustedes. (*Levanta el portier. Pasan Antonia y Manolo, y se retira. Antonia entra detrás de Manolo, preocupadísima y amilanada. Titubea y permanece en el quicio de la puerta.*)

JULIA. La señorita saldrá inmediatamente. (*Grandes reverencias.*) Les suplico que tomen asiento. (*Antonia se deja caer sobre una silla que habrá al lado de la puerta del foro. Manolo siéntase en la silla del otro lado.*) ¡No; ahí nó! — Aquí. (*Les invita á sentarse en un pequeño sofá junto al biombo de la izquierda.*) (*Manolo mira á Julia y ambos bajan al sofá.*) ¡Ajaja! ¡Así! Muy bien. Pueden ustedes conversar á sus anchas. Con permiso... Para que no les moleste el aire que puede venir por esta parte, abriremos el biombo. (*Dispone el biombo de modo que ambos queden amurallados.*)

ANTONIA. Es un sistema raro... misterioso. . (*Mirando al interior del biombo.*) ¿Verdad, Manolo?

MANOLO. Cada casa es un misterio.

ANTONIA. Casi nos han emparedado.

MANOLO. En ciertos casos, cuanto menos se vea, mejor.

ANTONIA. ¡Tengo miedo! ¡Tiemblo de pies á cabeza! ¡Hemos hecho muy mal, viniendo aquí!... ¿No te parece?

MANOLO. Sí; pero ahora ya estamos metidos en harina... (*En este momento sale el Conde por la izquierda á donde fué Julia á llamarle, indicándole que salga pronto. El Conde junto á la puerta del foro, antes de marcharse amenaza con el puño cerrado hácia la habitación de Sara.*)

CONDE. (*al amenazar*) ¡Auff! (*Especie de bramido. Vase.*) (*Manolo dá un salto, levantándose de pronto.*)

MANOLO. ¿Qué es eso?

JULIA. *Interviniendo rápida y haciendo reverencias.*) Con permiso, voy á decirle á mi señorita...

ANTONIA. Anuncie usted á los Marqueses de Restelli.

JULIA. Enseguidita. (*Váse derecha, al cuarto donde entró Sara.*)

ESCENA VIII

ANTONIA, MANOLO.

MANOLO. ¡Antonia mía! Tengo un remordimiento atroz por haberte traído aquí.

ANTONIA. Yo no recuerdo absolutamente nada de lo que hemos combinado. — ¡Sólo sé que somos marido y mujer!...

MANOLO. ¡Sentada esa hipótesis... se me ocurre una magnífica idea!

ANTONIA. ¿Cuál?

MANOLO. ¡Largarnos! (*Intentando marcharse.*)

ANTONIA. ¡Vaya una ocurrencia! (*Examina la habitación. Al ver que no hay nadie, cobra ánimos.*) Lo que observo es... que esta habitación está muy limpia.

MANOLO. No lo estarán tanto las demás.

ANTONIA. (*Mirando las paredes.*) Mira, mira, retratos...

MANOLO. Bueno, bueno. Aquí todas las cosas hay que mirarlas superficialmente, ¿sabes?

ANTONIA. ¡Cajas de dulces! Oye. ¿Comen muchos dulces estas señoras?

MANOLO. El amor tiene *dulzuras* inapreciables.

ANTONIA. El que paga ya sabrá el precio...

NANOLO. Naturalmente.

ANTONIA. Sofá, sillones, mecedora, velador. Lo mismo que en mi casa. Hasta el presente no veo por ninguna parte ese dichoso «*no sé qué*».

MANOLO. Pero, Antonia, ese «*no sé qué*», no está encima de las mesas...

ANTONIA. Perfumes embriagadores tampoco los percibo. — Siento el olor del tabaco...

MANOLO. ¡Perfume masculino!

ANTONIA. ¡Por Dios! No quisiera encontrarme con algún hombre.

MANOLO. ¡Ni yo!

ANTONIA. ¡Bah! ¡Tú eres del sexo fuerte!

MANOLO. Por eso prefiero tropezar con las mujeres.

ANTONIA. Con que tú hablarás y yo escucharé. Debe ser una mujer vulgar.

MANOLO. ¡Claro! Sólo dirá vulgaridades.

ANTONIA. Entonces... cuanto antes, al grano, ¿eh? Entendidos.

MANOLO. ¡Entendidísimos!

ANTONIA. (*Que ha estado escudriñándolo todo. Tomando una fotografía.*) ¡Manolito!... ¡Manolo!... Fíjate en este retrato... ¡Qué barbaridad! ¡Apuesto á que es ella!

MANOLO. ¿A ver? ¡Lo ignoro! ¡Como yo siempre la he visto... vestida! Pero no curiosees, Antonia.

ANTONIA. ¿Y estas coronas?

MANOLO. Tributo de los admiradores.

ANTONIA. ¿Admiradores anónimos? no se ven tarjetas... ni billetes...

MANOLO. ¿Billetes? ¡Ahí van á estar! Con la derrochadora que debe ser.

ANTONIA. ¡Más retratos! Mujeres... hombres...

MANOLO. Su familia. Sus madres... sus padres...

ANTONIA. ¿Pero cuántas madres y cuántos padres tienen estas señoras?

MANOLO. ¡To, to, to! ¡Vaya usted á saber!

ANTONIA. ¡Mira este viejo! Parece un Senador! !Solemne... calvo... chato! ¡Un mochuelo sin plumas!

MANOLO. Sí; de fijo algún *desplumado!*

ANTONIA. Me gustaría encontrar aquí al *hombre que en la actualidad tiene las riendas del gobierno.*

MANOLO. Es difícil que lo encuentres en este salón.

ANTONIA. ¿Por qué?

MANOLO. Porque el que *gobierna* está en el *gabinete.*

ANTONIA. Aquí hay un álbum.

MANOLO. El álbum-cementerio donde se hallan sepultados los *ministros caídos!*

ANTONIA. ¡Cuántos hay! ..

MANOLO. Pues fíjate cuántas tumbas vacías... ¡Es previsora!

ESCENA IX

Dichos, JULIA.

JULIA. La señorita no ha querido presentarse en traje de mañana. Almorzó algo tarde...

ANTONIA. ¡Si incomodamos!...

JULIA. ¡Al contrario!... Nosotras disfrutamos cuando viene alguna visita. Mi señora suele estar casi siempre sola.

MANOLO. ¿Sola?

JULIA. ¡Recibe á su... prometido!... ¡Vamos!... ¡á su... novio!...

MANOLO. ¡Ah! ¿La señora tiene... tiene un novio?

ANTONIA. (*Con interés.*) ¿Y se aman?

JULIA. ¡Inmensamente! Han reñido esta mañana... Es una costumbre... pero las disputas se acaban siempre que *ella* vuelve á ser para él *Fifí*... y él para ella... *Lulú!*

ANTONIA. (*Repitiendo.*) *¡Fifí!... ¡Lulú!...* Son palabras muy cariñosas... (*A Manolo.*) *¡Lulú,* qué bonito!... ¿Y *Fifí?* (*Con expansión.*) ¡Oh *Lulú!* (*A Manolo.*)

MANOLO. ¡Oh, *Fifi!*

ESCENA X

Dichos, SARA, vistiendo traje elegante y con entonación cortesana.

SARA. Suplico á ustedes mil perdones por haberles hecho esperar. ¿Señora Marquesa? ¿Señor Marqués?... Tomen asiento. (*Antonia, presa de invencible pánico contempla maravillada á Sara y da un tirón de la levita á Manolo para que hable.*)

MANOLO. Nosotros somos los que debemos rogar á usted que... que nos dispense... por... lo... (*Cambiando de tono.*) ¡Muy bien! ¡Muy bien!

SARA. Pues... me tienen ustedes á su completa disposición.

MANOLO. ¡Gracias! (*Pausa.*)

SARA. ¿Y podría saber á qué debo el honor de su visita?

ANTONIA. ¡Sí, sí señora! Al momento le expondrá mi marido...

SARA. ¿Su marido? Y muy jóven por cierto. (*Con estremada amabilidad.*)

MANOLO. ¡Sí! Pero ya... ¡Je, je!

ANTONIA. Pues. . Sí. (*Incitando á Manolo con la mirada para que hable.*)

MANOLO. Nosotros formamos parte del Patronato de Beneficencia.

SARA. ¿Sí, eh? (*Ofendida.*)

ANTONIA. No del que procedió con usted groseramente.

SARA. ¡Ah! ¿Está usted enterada?...

MANOLO. Pertenecemos á otro comité. Al del Asilo infantil. Yo soy el secretario.

ANTONIA. En esta época en que los forasteros abundan en los baños, postulamos con objeto de recoger alguna cosa para los niños pobres. Y por eso rogamos á usted...

SARA. Doblemente agradecida, porque así me prueba usted — discrepando de la opinión de las otras *señoras* — que mi oferta para los pobres puede ser admitida.

ANTONIA. De seguro.

MANOLO. ¡Se portaron groseramente con usted. Lo he dicho mil veces. (*A Sara muy animado.*)

SARA. Los hombres de corazón, siempre deben salir á la defensa de las mujeres.

MANOLO. ¡En efecto... yo soy de esos! ¡Je, je! (*Acercando la silla á Sara.*)

ANTONIA. Procediendo así, las mujeres le pagarán en la misma moneda.

MANOLO. ¡Yo... lo espero! (*Turbado un poco ante la insistente mirada de Sara.*)

ANTONIA. ¡Anímate, hombre, anímate! (*Bajito á Manolo.*)

ESCENA XI

Dichos, JULIA con elegante servicio de thé, pastas, etc .. etc ..

SARA. ¿Qué haces, Julia?

JULIA. Traigo el thé... ¿No me dijo usted hace poco: «Prepara como de costumbre el thé?

SARA. ¡Ah, sí! (*Se levanta sirviendo ella misma.*) ¡El thé!

ANTONIA. (¿Estás viendo? También el thé... ¿Si nos habremos equivocado de casa?)

SARA. Hágame el obsequio... (*Dando á Antonia la taza.*)

ANTONIA. ¡Gracias, señora!

SARA. ¿Con mucho azúcar? (*A Manolo.*)

MANOLO. ¡Como usted quiera! (*Acaramelado. Sara mirando á Manolo con insistencia le presenta su taza.*)

MANOLO. ¡Es usted muy amable! (*Julia enseña de léjos á Sara una caja de dulces.)*

SARA ¡Julia!... Los bombones de París. (*Les ofrece.*)

MANOLO. Obsequio de sus admiradores, ¿verdad?

SARA. (*Risueña.*) ¡Oh... no!

ANTONIA. (*Decidiéndose á entrar en materia.*) ¡Dios sabe cuántos la asediarán! ¿Los hombres? Los hombres no saben hacer otra cosa. ¡Para las artistas de teatro como usted, debe ser una molestia! — ¿Y sabe usted lo que yo haría? Para dejarlos á todos iguales... á todos los enamoraría seriamente.

SARA. No es mal sistema. La dificultad está en enamorar á los hombres. (*Váse Julia con las tazas.*)

ANTONIA. A las que como usted son hermosas, no les falta ese «*no sé qué*», secreto de fascinación...

SARA. ¡Usted me favorece!

ANTONIA. Los hombres, por reacios que estén, ante los halagos de una maestra... se rinden. ¡Una vez enamorados, se vuelven humildes — perritos de lana!

SARA. ¡Qué graciosa!

ANTONIA. ¡Yo soy de opinión que la mujer debe *enamorar* y nunca enamorarse!

SARA. (*Mirando á Manolo sorprendida y sonriente.*) ¿Y qué dice usted á esto?

MANOLO. ¡Pues que mi mujer tiene unas teorías muy suyas!

SARA. Y un poco arriesgadas, especialmente delante de su marido. ?No le parece?

MANOLO. ¡Ya lo creo! — ¡Mujer! Tienes unas teorías un poco arriesgadas delante de tu marido. (*A Sara.*) — Pero no haga usted caso!... Mi mujer es algo *avanzada,* en ideas, y yo...

SARA. ¡Moderado!

MANOLO. ¡Moderado, no!

ANTONIA. ¿Apostamos á que no se encuentran mujeres enamoradas de sus maridos que sepan tanto como usted?

SARA. Debe haberlas.

ANTONIA. No lo creo.

SARA. (*A Manolo.*) Me maravilla la sinceridad de su señora.

MANOLO. ¡Bah! Entre nosotros dos existe la mayor libertad. Ella manifiesta sus ideas... yo las mías... Pueden ser opuestas... pero al fin, resulta que vamos de acuerdo.

ANTONIA. Supongamos una mujer enamorada de su marido y que éste sea frío... glacial... un pedazo de hielo.

MANOLO. ¡Ese, no soy yo!

SARA. ¡Ya, ya!

ANTONIA. Aquella mujer no debe estar satisfecha.

SARA. ¡Es natural!

ANTONIA. ¡Claro! ¡Porque no encuentra el remedio para curar la indiferencia de su marido!... ¡No sabe cómo atraerlo!

MANOLO. ¡Le falta .. práctica..... anzuelo... gancho... imán... excitante!...

ANTONIA. Eso es; el excitante que tienen *otras...*

SARA. ¿Y usted cree que *otras...* tienen ese poder mágico?...

MANOLO. ¡Vaya si lo tienen! ¡Vaya si lo tienen! (*Mirándola enamorado.*)

SARA. ¡Por lo general, los maridos ven en su mujer, la persona que debe obedecerles siempre! ¡Van á casa, y todo lo encuentran dispuesto!...

MANOLO. La comida preparada...

SARA. Se sientan á la mesa tranquilamente...

ANTONIA. Pero comen á veces á la fuerza, con inapetencia...

SARA. ¡Ah! Es que entonces conviene rebelarse y enseñarles los dientes á estos señores, de vez en cuando.

ANTONIA. ¡Ah! De ahí los altercados...

SARA. ¿Cómo?

ANTONIA. Quiero decir, que por esa razón, los enamorados se encolerizan y riñen...

SARA. ¡Es uno de los sistemas mejores, para conseguir luego lo que se desea! (*Poco á poco olvida el papel aristocrático.*) La mujer, sí, debe preparar la mesa con los manjares más exquisitos... pero no permitirle la entrada en el comedor. ¡Si se enfurece el anfitrión... enfurecerse más! Yo adopto este sistema infalible. ¿Quiere usted la prueba más reciente? Pues hace poco acabo de poner de patitas en la calle á mi... prometido.

ANTONIA. ¿De veras?

SARA. ¡Palabra! (*Más expansiva.*) Hay que mostrarse aburrida de sus expansiones. No hay frase que más irrite á un hombre en el apogeo de su entusiasmo que esta: «*¡Cuidado que eres pelma!*»

ANTONIA. *¡Cuidado que eres pelma!*

SARA. Produce efectos mágicos. También cuando se irritan demasiado, conviene llorar... desesperarse... «¡Ah! *¡Lulú!* ¡Tú no me quieres como antes!»... O mejor, la amenaza invocando la muerte. «*¡Quiero morir!*» ¡Esto los amansa... los amansa! Y para coronar el triunfo, llegar al colmo de la rábia, rompiendo en el acceso de cólera, algunos objetos, procurando, naturalmente, escoger los que valgan ménos dinero. ¡Y por último, darle con la puerta en las narices!...

MANOLO. ¿Has oído? ¿Estás contenta? ¡Aprende! Digo ¡no!... ¡no aprendas!

ANTONIA. Pero luego los maltratados, ¿vuelven?

SARA. ¡Ya lo creo que vuelven!

ANTONIA. ¿Furiosos, verdad?

SARA. En tal caso, se les calma poco á poco... con dulces palabras.

MANOLO. ¿Y entonces será cuando se les invita á comer?...

ANTONIA. ¿Y si no aceptan?

SARA. Todo consiste en hacer la invitación con gracia.

ANTONIA. ¿Y esa gracia?...

SARA. Lo que tiene *gracia* es que hemos venido á dar en una conversación que nada tiene que ver con el objeto principal de esta entrevista. A ustedes les complacerá mucho más, que yo vaya en busca de mi modestísima oferta. Con su permiso:.. Vuelvo enseguida. (*Mirando insinuante á Manolo, váse por la derecha.*)

ESCENA XII

ANTONIA y MANOLO

MANOLO. Estarás contenta, ¿eh?

ANTONIA. ¿Quién iba á suponer que íbamos á encontrar una señora tan... *señora?*

MANOLO. ¡Y tan... preciosa!

AANTONIA. Procura que acabe de instruirnos.

MANOLO. ¿Aun te parece corta la lección?

ANTONIA. Esta es la primera parte. Ahora falta la más interesante. La forma de la invitación á la comida.

MANOLO. ¿Y tú crees que puede atreverse delante de tí á decir?... ¡Vaya! ¡no seas exigente! Si hubiera sido á un hombre solo, entonces hubiera hablado con entera libertad.

ANTONIA. Ya he visto como te miraba.

MANOLO. Sí, ¿verdad?

ANTONIA. ¡Digo! ¡La flechaste!

MANOLO. Te parece ¿eh?

ANTONIA. Si hubieras estado solo, tal vez se hubiera expontaneado más.

MANOLO. Así opino. Y casi estoy tentado, por complacerte, y continuar la entrevista prescindiendo de tí.

ANTONIA. Es verdad. Entonces yo debo marcharme. ¿Pero con qué pretexto? ¡Ah! Procura que se te olvide cualquier objeto... y te servirá de excusa, el volver á recogerlo.

MANOLO. Muy bien.

ANTONIA. ¡Ah! ¿Y el donativo?

MANOLO. Lo enviaremos al Asilo.

ANTONIA. Calla. ¡Es ella! Te aguardaré escondida en el parque, á la derecha... En aquel cenador... ¿Me lo contarás todo?

MANOLO. ¡Todo, todo!

ESCENA XIII

Dichos, SARA, entra con un estuche en la mano, que entrega á Antonia.

SARA. Aquí tiene usted, señora Marquesa; para los pobres niños asilados.

ANTONIA. Tómalo, Manolo.

MANOLO. (*Colocándolo dentro del portamonedas y dejándolo con gracia sobre el velador.*) ¡Verdaderamente es usted un dechado de cortesía y amabilidad exquisita! No pretendíamos tanto. Bastaba con un socorro insignificante...

ANTONIA. Aunque no nos hubiera dado nada...

SARA. ¡Oh! No entiendo...

ANTONIA. Doy á usted las gracias particularmente por las indicaciones que se ha servido usted exponerme. ¡Me servirán de mucho!

SARA. (*A Manolo.*) Tenga usted cuidado, ¿eh?

MANOLO ¿Yo? ¿cómo yo?...

SARA. Como marido...

MANOLO. ¡Ah! ¡ya! ¡Como marido!

SARA. La señora Marquesa, según parece, quiere someterle á la prueba...

MANOLO. ¡Bueno! ¡Verémos! ¡Verémos! Usted dipense... (*Sara, toca un timbre.*)

ESCENA XIV

Dichos, PEPE y JULIA. Pepe se presenta; abre la puerta. Después de todos los cumplidos corrientes, Manolo y Antonia, vánse. Apenas salieron, Julia con gran expansión se acerca á Sara.

JULIA. ¡Muy bien, señora! ¡Muy bien! ¡La Duquesa de Via-Bella, no hubiera hecho más!

SARA. ¿De veras? (*Satisfecha.*) Lo celebro. (*Enciende un cigarillo.*)

JULIA. (*Viendo el portamonedas sobre el mostrador.*) ¡Una cartera con la corona de Marqués!

SARA. ¡Dáme acá! (*Tomándolo.*) ¿Eh? Un muchacho que empieza por olvidar en mi casa su cartera... ¡Se vé que viene con buen fin! — Dile á Pepe que se la devuelva.

ESCENA XV

Dichas. MANOLO, desde la puerta.

SARA. De fijo viene usted á recoger su cartera.

MANOLO. Precisamente.

SARA. Aquí está.

MANOLO. ¡Gracias!

JULIA La encontramos sobre el velador...

SARA. ¡Julia! (*Le hace señas de que se vaya; Julia váse izquierda.*)

ESCENA XVI

SARA, MANOLO

MANOLO. (*Sentándose.*) Perdóneme la emoción... (*Llevándose la mano al corazón.*)

SARA. ¡Comprendo! Ha corrido usted mucho!

MANOLO. Nunca se corre lo bastante para venir aquí (*Tímido.*)

SARA. Piense que su mujercita le esperará...

MANOLO ¡La he mandado á casa!

SARA. ¿Pero le ha dicho usted que volvía aquí?

MANOLO. Sí... no... ¡digo!... ¡no lo sé!... Señora, ¿ha visto usted?

SARA. He visto que tiene usted una linda esposa... ¡Tiene ciertas ideas!...

MANOLO. ¿Quién?

SARA. Su mujer.

MANOLO. ¡Ah! ¡Qué importa!

SARA. ¿Cómo?

MANOLO. Ahora que la veo á usted tan elegante... Haciendo gala de tan distinguidas maneras...

SARA. ¿Me encuentra usted elegante y distinguida?

MANOLO. ¡Demasiado!

SARA. ¿Sí? ¡Gracias! (*Dándole una palmadita.*)

MANOLO. ¡Así me gusta! Antes me inspiraba cierto respeto. Porque soy tímido.

SARA. ¿Sí? ¿Cuál es su nombre?

MANOLO. ¡Manolo!

SARA. (*Mirándole fija.*) ¡Manolito!

MANOLO. Así me miraba usted antes... Esos ojos... magnetizan...

SARA. ¡Ah! ¡ah! ¡Señor maridito!

MANOLO. Perdone usted. ¿No volverá su prometido? (*Momento de expansión.*)

ESCENA XVII

Dichos, PEPE

PEPE. La esposa del señor Marqués progunta por él.

SARA. ¿Vuelve la Marquesita?

MANOLO. ¿Otra vez? (*Va hacia la puerta. Pepe deja paso á Blanca y se retira.*)

ESCENA XVIII

SARA, MANOLO, BLANCA.

BLANCA. (*Entra deprisa, en elegante toilette de visita y haciendo un saludo profundo.*) ¡Ah!

MANOLO. (¿Aquí, ella?)

SARA. Pero...

BLANCA. Mi marido, Manolo.. (*Señalando á Manolo*) ya me había indicado que vendría á solicitar de usted un donativo... y quedamos en venir juntos, pero yo me retrasé.

SARA. Pero la señora...

BLANCA. ¿No le ha dicho á usted Manolo todavía?...

MANOLO. (*Enfurecido.*) ¿Yo?

SARA. Ya entregué mi donativo.

MANOLO. Sí; ya lo tengo...

BLANCA. En tal caso, no me resta más que agradecerle con toda mi alma, como lo habrá hecho Manolo...

SARA. ¿Su marido?

BLANCA. Mi marido... Este caballero que ya debía haberme presentado á usted.

MANOLO. Es que...

SARA. ¡Cuanto sucede es gracioso... y cómico en alto grado!...

MANOLO. Yo diré á usted... digo... ¡Vaya! ¡hablemos claros!

BLANCA. ¡Manolo! ¡Qué modo de hablar!...

SARA. Perdonen ustedes si me río... ¿Con que este caballero es su marido?

BLANCA. ¡Cómo! ¿Habrá sido capaz de decir que es soltero?

SARA. ¡No! ¡Al contrario!

MANOLO. Yo diré á usted...

BLANCA. ¡Diré, diré!... ¡y no dice nada! — ¡En fin, vámonos! Aunque hubieras negado que tenías mujer... sería perdonable, habiéndote encontrado con tan hermosa *señorita!...*

SARA. Cuando se tiene una *señora* como usted, es un orgullo proclamarse *marido!*

BLANCA. (*Inclinación profunda.*) ¡Muy amable!

SARA. ¡Es la verdad! (*Respondiendo con otra profunda reverencia.*)

BLANCA. ¡Gracias!

SARA. ¡Oh! (*Manolo mira á las dos mujeres; se halla entre ambas y completamente embobado. Por fin,*

en un arranque de ira se vuelve á Blanca y dice:)

MANOLO. Yo digo...

BLANCA. ¡Dios mío! ¡Qué mirada! ¡Sería capaz de repudiar en este instante á su esposa!... ¡Tendría gracia!

MANOLO. ¡Je, je!... ¡Es lo que yo digo! ¡Tendría gracia!... ¡Causa risa!...

BLANCA. ¿Vé usted?... ¡Mi marido es un hombre de *sprit!*

SARA. ¡Ya se vé!

MANOLO. Pero creo, esposa mía, que ya es hora de que nos marchemos.

BLANCA. Repetimos las gracias en nombre de los pobres...

SARA. ¡No hay de qué!

BLANCA. (*Colgándose del brazo de Manolo.*) Usted perdone...

SARA. ¡Oh, señora! (*Suben; al llegar á la puerta y ya fuera Blanca, vuelve Manolo á entrar.*)

MANOLO. Perdón... ¡Olvidaba mi sombrero! Sara.. yo...

SARA. ¡Largo inmediatamente!

MANOLO. ¡Juro!...

BLANCA. (*Dentro.*) ¡Manolito!

MANOLO. ¡Volveré! *Tropezando con el quicio de la puerta al volverse aturdido.*)

ESCENA XIX

SARA y JULIA (con el servicio de thé).

SARA. (*Sorprendida un momento. Al volverse vé á Julia con el servicio.*) ¿Qué es eso, Julia?

JULIA. ¡Traía el *thé*... de costumbre!

SARA. ¿El *thé,* para?... ¡¡¡Es bígamo!!!

JULIA. ¡Oh!... (*Vuelve á llevarse el servicio de thé. Sara ríe á mandíbula batiente.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

Gabinete elegantemente amueblado, en una fonda.

ESCENA PRIMERA

El CONDE RINALDI, un CAMARERO, JUANA

(*El Conde entra agitado por el fondo.*)

CAMARERO. ¿Tiene algo que mandar el señor Conde? (*Tomando el sombrero del Conde.*)

CONDE. Nada, absolutamente nada. (*Váse el camarero.*) Oye, Juana. (*Al aparecer ésta por la izquierda.*) ¿Y la señora Condesa?

JUANA. Todavía no ha vuelto.

CONDE. ¿Ha salido?

JUANA. Sí, señor Conde, después de almorzar.

CONDE. Bueno, bueno. Véte. (*Váse Juana izquierda.*)

ESCENA II

El CONDE. vá á la mesa sobre la cual hay pluma, tintero y papel CÉSAR, á poco por el foro.

CONDE. Pues señor .. cortemos por lo sano!

CÉSAR. ¿Se puede? (*Asomando la cabeza.*)

CONDE. ¿Quién es? ¡Ah! César! Adelante.

CÉSAR. ¡Rinaldi! ¿Ya estás de vuelta?

CONDE. ¿No lo vés?

CÉSAR. Venía á ver si Blanca estaba con la Condesa.

CONDE. No. Mi mujer ha salido y no ha vuelto. (*Suspirando.*)

César. ¿Qué tienes? Te veo preocupadísimo. — Tuviste alguna escena violenta con tu... *colega el Diputado* por cuestiones electorales?

Conde. ¿Por qué dices eso? (*Paseando.*)

César. Me choca verte tan pronto de regreso. Yo creía que ibas á quedarte á comer con... tu *amigo*. Cuando se trata de... *política* el tiempo es oro!...

Conde. Oye, haz el favor de no bromear puesto que estás en el secreto. No hablemos más del asunto.

César. (*Aproximándose y confidencialmente.*) Bueno, pero ¿ha ocurrido algo grave? ¿Hubo choque?

Conde Choque y descarrilamiento. Una escena tremenda. No es la primera de este género que ocurre entre los dos, como sabes, pero te aseguro que será la última.

César. ¡La última! ¿Sucederá lo que con los anuncios de las obras teatrales? ¡Ultima representación *irremisiblemente!* Y sin embargo se repite una, dos, tres, infinidad de veces!

Conde. ¡Y pensar que he sido un ingrato!...

César. ¿Con quién?

Conde. Con mi mujer, que verdaderamente me quiere; con esa pobre criatura, que es un ángel; con mi Antonia!

César. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una salida de tono! ¡Qué hipócritas somos!

Conde. ¡Barón! (*Sério.*)

César. No; si me cuento yo también en el número de los farsantes. ¡La mujer! ¿Qué es la mujer propia? — Un salvavidas que sólo nos resulta útil cuando vemos el mar agitado por la borrasca.

Conde. ¡Escéptico!

César. Yo veo las cosas como marino viejo y experto en la navegación.

Conde. Yo también. Por eso cambio de rumbo.

César. ¿Viras á la izquierda... ó á la derecha?

Conde. A la derecha... que está el puerto. — Demostraré á mi Antonia que la quiero con todo el fuego pasional de que soy capaz.

César. Harás bien, porque la Condesa no hace más que

lamentarse en público de tu glacial indiferencia. Te llama el *marido de hielo*... Y ménos mal que achaca tu frialdad á la política y á tu investidura de *padre de la Pátria*. ¡Pobre Antonia!

CONDE. Para ella he sido un témpano, lo confieso. Se queja con razón sobrada. ¡Ah! pero desde hoy voy á ser un volcán en erupción para ella! ¡Ahora verás, ahora verás tú...

CÉSAR. No; lo que es eso no lo verán mis ojos. ¡Las erupciones son peligrosas!

CONDE ¿A que no sabes lo que iba á hacer cuando entraste, sorprendiéndome con la pluma en la mano? ¿Lo adivinas?

CÉSAR. ¿Con la pluma en la mano?... ¡Je, je!... ¡Escribir! (*Risueño.*)

CONDE. Bueno, pero... ¿qué?

CÉSAR. Algún *monstruo* de proyecto de Ley. — Algo beneficioso para el distrito que representas.

CONDE. ¡To, to, to, to! Me disponía á escribir á... la otra. (*Guiñando un ojo.*)

CÉSAR. ¿Con que á la otra?

CONDE. ¡La liquidación! Serán los últimos frutos que le remita.

CÉSAR. *Cuarto acto* de *La Dama de las Camelias*.

CONDE. ¡Sin tanto romanticismo!... No será el *acto* de la comedia, sino un *acto* de contrición.

CÉSAR. ¡Eres turco!...

CONDE. Pienso emprender con mi Antonia un viajecito de recreo.

CÉSAR. Lo celebro por la Condesa. — Para que un marido pueda hacer la felicidad de su mujer propia, es indispensable que haya tenido en su presupuesto de gastos alguna... de las *otras*. — Tú eres un ejemplo vivo.

CONDE. Las *otras*, siempre acaban cometiendo malas acciones.

CÉSAR. Entonces se inicia el *alza* en las *acciones* de la esposa. ¡Si es un juego de bolsa, hombre, desengáñate!... Y juego que tú, amigo mío, será difícil que abandones. (*Riendo.*)

ESCENA III

Dichos, ANTONIA, por el foro.

ANTONIA. Buenas tardes. (*Entrando.*) ¡Calle! Aquí ya el representante del País?

CONDE. Sí; la conferencia con mi colega ha sido hoy breve, afortunadamente! (*Muy amable.*)

ANTONIA. ¿Afortun...? (*Mira al Conde un momento.*) ¡Barón! (*Transición. Saludando á César.*)

CÉSAR. Al pasar por ahí (*señalando al foro*) dije: Voy á ver si Blanca está con Antonia...

ANTONIA. No he visto á Blanca. He salido sola.—¡Juana! (*Llamando, izquierda.*)

ESCENA IV

Dichos. JUANA, que apenas sale ayuda á quitar el sombrero á la Condesa y en seguida váse, izquierda.

CONDE. Y tú... has debido ir... á... (*A Antonia.*)

ANTONIA. A dar el paseíto de costumbre.

CONDE. ¿Y te ha probado bien?

ANTONIA. Bien. (*Indiferente. Pausa breve.*) ¿Y tú no sales antes de comer?

CONDE. ·No, no! De ninguna manera. Habiendo vuelto tú...

CÉSAR. Quiere hacerle á usted compañía, como *buen marido.*

ANTONIA. ¿Como buen marido? ¿De veras?...

CÉSAR. ¡Digo! (*Pausa breve.*) Condesa. (*Despidiéndose.*)

ANTONIA. ¡Barón! ¿Ya se marcha usted?

CÉSAR. Creo que marchándome interpreto los deseos de ustedes. Por lo demás, todos vivimos bajo el mismo techo y nos veremos pronto.

ANTONIA. Vuelva usted con Blanca antes de comer. Necesitamos cambiar impresiones y combinar el programa para esta noche.

CÉSAR. ¡Sí, sí! Esta tarde Blanca se me ha perdido... pero

en cuanto retorne á los brazos conyugales vendremos á este nido.

ANTONIA. (Tú si que te caíste de un ídem.)

CÉSAR. ¡Condesa!... ¡Señor Diputado!... ¡Hasta luego!... Váse

ESCENA V

ANTONIA, el CONDE. (Breve pausa. Antonia mira al Conde un momento y vá hacia la puerta de la izquierda.)

CONDE. Antonia... ¡dónde vás?... (*Se detiene Antonia sin volver la cabeza.*) Diríase que te había causado mal efecto mi regreso...

ANTONIA. ¡No; ni bueno... ni malo! Ha sido la extrañeza... la falta de costumbre...

CONDE. Me recomendaste tanto esta mañana que volviera temprano...

ANTONIA. ¿Ah, sí?. . Muchas gracias por la atención. (*Frialdad, cortesía.*)

CONDE. ¿De modo que te *fuiste á paseo?* (*Natural.*)

ANTONIA. Sin decírmelo nadie .. ¡sí!

CONDE. Al azar...

ANTONIA. Al azar... ¡justo! ¡Es decir, no! Había visto en un escaparate un sombrero que me gustaba extraordinariamente...

CONDE. ¿Y era de última novedad?

ANTONIA. Sí; tenía *un no sé qué*... Era elegante, pero la paja me pareció así... como de sombrero *usado*...

CONDE. ¿Y no lo compraste?

ANTONIA. Debe costar caro... aunque parezca usado.

CONDE. Si te gusta no repares en el precio...

ANTONIA. Vaya si hay que reparar... En fin, la forma me gusta. Veré si *favorece* cuando me lo pruebe...

CONDE. ¿Es decir que no has pasado del escaparate?...

ANTONIA. No; pero observo que me estás dirigiendo un verdadero interrogatorio.

CONDE. Eso te probará que me intereso por ti más de lo que crees.

ANTONIA. ¿De veras? (*Momento de ingénuo entusiasmo. Vuelve á la estudiada frialdad.*) Por supuesto que hasta el presente no me diste grandes pruebas de interés.

CONDE. Yo te prometo dártelas en lo sucesivo tan patentes... tan indudables que en el mundo será difícil hallar otro marido más cariñoso que yo! Te lo prometo por esta cruz de caballero. (*Señalando á un botón de la solapa.*)

ANTONIA. ¿Estamos hoy á treinta de Febrero?

CONDE. ¿Por qué me dices eso?

ANTONIA. Porque de tu promesa sobre la *cruz*... á la fecha en que la cumplas... me parece que hay tanto como de la *cruz* á la fecha del *treinta* de Febrero...

CONDE. Noto en ti cierto desdén... una indiferencia... un *no sé qué*...

ANTONIA. ¡Naturalmente! Ese es el sistema...

CONDE. ¿Qué?...

ANTONIA. ¡Psss! ¡No te alarmes, me refería al sistema... planetario!...

CONDE. ¡Mira... Antoñita!

ANTONIA. ¿Antoñita?... Ese nombre es nuevo en el santoral...

CONDE. Oyeme... ¡Hablemos en sério!...

ANTONIA. ¿En sério? ¡Vamos... en... *Padre de la Pátria!*..

CONDE. No, mujer... por Dios... tengo que contarte un proyecto de viaje de recreo que vamos á emprender los dos... Escribiré á la Agencia Cook. Irémos á París, á Suiza, ¡á todas partes! ¡Verás qué delicia!... ¡Cariñito mío! *(Entusiasmado.)*

ANTONIA. ¿Has dicho, *Cariñito mío?* ¿Tú, tú?... Esa frase nueva en tus labios me conmueve.. Depongo mi actitud, porque deseo que al *Cariñito mío*... sucedan otras palabras tan dulces, amorosas y tiernas como esa.

CONDE. ¡Oh... sí!

ANTONIA. Perdona mi emoción... el delirio repentino que de tu Antonia se apodera, porque... ¡repíteme esa frase!...

CONDE. *¡Cariñito mío! (En el colmo del entusiasmo.)*

ANTONIA. ¡Yo quiero corresponderte!... Yo te diré... ¡Angel mío... ¡Vidita!... ¡Lulú!... ¡Lulú!...

CONDE. ¿Eh?... *(El conde queda un instante suspenso.)*

ANTONIA. *(Breve pausa.)* ¡Qué te ocurre?... Parece como si una gasa obscura hubiera caído entre los dos, anublando el fulgor de tus ojos... *(Decepción-mimo.)*

CONDE. Nada... es... que me produce tal efecto oirme llamar así...

ANTONIA. ¿Cómo? ¿Vidita? *(Candidez.)*

CONDE. No... la última palabra...

ANTONIA. ¡Ah! ¡Lulú! ¿Te causa efecto? Te choca porque nunca te lo había dicho. Bueno. Pero ya te acostumbrarás... ¡Siempre te llamaré Lulú!

CONDE. Pero...

ANTONIA Yo seré para ti, tu *cariñito*... ¡tu Fifí!...

CONDE. ¡Oh! *(Se levanta contrariadísimo.)*

ANTONIA. Pero ¿qué te pasa? ¿También te causa efecto *Fifí?*

CONDE. Yo quisiera saber...

ANTONIA. ¿Qué?

CONDE. ¡Nada! ¡nada!... ¿Cómo se te han ocurrido esos nombres?

ANTONIA. ¿Lulú?... ¿Fifí?...

CONDE. Sí.

ANTONIA. No sé. ¿Te son familiares esas palabras?

CONDE. ¡No, no!

ANTONIA. Entonces ¿por qué te extrañas tanto al oirlas?

CONDE. Pero, ¿las inventaste tú?

ANTONIA. Claro que sí.

CONDE. (¿Habrá sido coincidencia?)

ANTONIA. ¿Qué piensas?

CONDE. No... ¡nada! ¿Y dices que son de tu invención?...

ANTONIA. ¡Y dále!... ¿No te digo que sí?...

CONDE. Es... que... yo... *(Confundido.)*

ANTONIA. ¡Cuidado que eres *pelma!* ¡Lulú!

CONDE. ¿Qué has dicho? *(Asombradísimo, dando un paso atrás.)*

ANTONIA. *¡Que eres un pelma!* ¡Eso es! *(Contenta por el éxito de la frase.)*

CONDE. Dime, ¿qué quiere decir eso de... pelma? ¡Porque no te entiendo! *(Tratando de escudriñar el pensamiento de Antonia.)*

ANTONIA. ¡Pues ménos te entiendo yo! Has descendido repentinamente desde la cúspide del entusiasmo hasta el abismo del terror que parezco inspirarte cuando de mí te apartas. Ahora estás mustio, sério... Y esto confirma mis sospechas. ¡Tú finges al intentar aparecer afectado conmigo! ¡Tu conducta es reprochable y no creo que yo sea digna de semejante menosprecio!... ¡Sé franco y dímelo de una vez!...

CONDE. ¡Antonia!...

ANTONIA. Por mi carácter bondadoso he sufrido tu indiferencia; has abusado de mi docilidad y sumisión. Creí que tu despego provenía de tu carácter, de tu modo de ser, pero estoy persuadida de que no me quieres. De que para ti soy un mueble de más ó menos lujo con que adornas tu casa... ¡y siendo así, prefiero acabar de una vez!

CONDE. ¿Cómo?

ANTONIA. ¡No quiero vivir envilecida! ¡Y comprendo que haya mujeres desdeñadas que busquen en la muerte la paz y el fin de sus desventuras!

CONDE. ¡Antonia! ¡Necesito una explicación!... *(Enérgico.)*

ANTONIA. ¿También amenazas? ¡Piensa que no estoy acostumbrada á tolerarlas! ¡Deja, déjame libre el paso!... ¡Yo quiero marcharme!... ¡Quiero llorar!... ¡Desahogarme!... ¡Porque estoy nerviosa... y cuando se llega á cierto punto no se puede más!... *(Tira al suelo con rabia dos ó tres objetos que encuentra sobre las mesas. Levanta uno cuya apariencia es de gran valor y volviendo á dejarlo sobre la mesa dice:)* ¡No! ¡Este cuesta muy caro!... *(Fingiendo casi locura.)* ¡Déjame! ¡Déjame! ¡Qué desgraciada hace *Lulú* á su *Fifí!*... *(Entra por la izquierda. El conde, que trata de seguirla, recibe un golpe en las narices con la puerta que Antonia cierra violentamente.)*

ESCENA VI

El CONDE, luego BLANCA en traje de paseo.

CONDE. *(Casi ébrio.)* ¡No... no puede ser! ¡La misma escena! ¡Yo estoy loco!...
BLANCA. Ilustre Padre...
CONDE. ¡Imposible!... (*Rápido.*)
BLANCA. ¡De la Pátria!
CONDE. ¡No señora!... (*Nervioso.*)
BLANCA. Pero...
CONDE. ¡Ah!... ¿Busca usted á mi mujer?...
BLANCA. Sí.
CONDE. ¿Cómo está usted?
BLANCA. ¡Mal! ¡Tengo jaqueca!
CONDE. ¡Mejor! (*Respondiendo á su idea.*)
BLANCA. ¡Gracias!... ¡Qué bromista!...
CONDE. ¡Ay! ¡Perdone usted, Blanca! ¡Quería decir... que Antonia no se siente bien!
BLANCA. ¿No?...
CONDE. Y yo tengo que salir inmediatamente.
BLANCA. Pero ¿qué le sucede? Está usted agitado...
CONDE. ¡Sí!... ¡No!... Dispense usted si olvidando los deberes de la cortesía, peco de grosero y no gasto cumplidos. (*Toca un timbre.*)
BLANCA. (¡Qué nervioso está!)

ESCENA VII

Dichos, CAMARERO.

CAMARERO. ¿Qué desean?
CONDE. ¡Mi sombrero y un coche!
CAMARERO. El sombrero aquí está. (*Tomándolo de una silla sobre la cual lo habrá dejado anteriormente.*)
CONDE. ¿Y el coche? (*Furioso.*)
CAMARERO. Abajo... á la puerta.
CONDE. ¡No! ¡no!
CAMARERO. ¡Como guste el señor Conde! (*Váse.*)

CONDE. ¡No es posible... y, sin embargo, es evidente!... (*Absorto en su idea. Para sí:*) (Sara me dirá la verdad.)

ESCENA VIII

Dichos, MANOLO, con el cual tropieza al salir el CONDE.

CONDE. ¡Adiós! ¡Mil perdones! ¡Hasta luego! (*Váse.*)

MANOLO. Mil perdones... ¿á mí? (*Reparando en Blanca.*) ¿Usted?...

BLANCA. ¿De *usted?*... ¿Habrás vuelto... allá?...

MANOLO. Sí, señora. Apenas la dejé á usted en el carruaje. Porque no estoy acostumbrado á pasar por simple y estúpido. Volví con el pretexto de entregar á Sara el recibo de su óbolo. La doncella aceptó el recibo con muchísima gracia.

BLANCA. ¿Y Sara?

MANOLO. ¡La elegante Sara... me dejó plantado á la puerta!...

BLANCA. ¡Ja ja já! ¡Qué gracia!

MANOLO. ¡Señora! ¡Está muy feo lo que ha hecho usted!

BLANCA. Yo quería sorprenderte.

MANOLO. Fuí con Antonia.

BLANCA. ¡Ignoraba que ambos quisierais burlaros de mí! Te creía solo. ¡Y en efecto!... ¡Pero, vamos, tu posición ridícula me resarció del disgusto.

MANOLO. ¡Muchas gracias! Pero conste que hemos terminado. Se acabó el *Tití.*

BLANCA. ¡Eso es! No habrá *Tití* en adelante más que para mi marido.

MANOLO. ¡Ni aquello de atenazarme la nariz con el índice y el pulgar!

BLANCA. ¡No! ¡Eso para César!...

MANOLO. Ni...

BLANCA. Ni más niñerías. ¡Son bromas que podrían costarnos caras!...

MANOLO. Niñerías que las aprendí de usted, porque antes no las conocía.

BLANCA. ¡Está bien! Quedan rotas las relacionns diplomáticas...

MANOLO. ¡Sí... entre las Potencias beligerantes!...

BLANCA. Antonia, según me dijo el Conde, no recibe. Voy á mi cuarto á quitarme el sombrero. Conque *chitito* y todo terminó.

MANOLO. ¿Qué necesidad tenía Antonia de ir á estudiar á casa de la bailarina ese *no sé qué*, cuando usted lo posee en grado superlativo?

BLANCA. ¡Chiss! ¡Descarado! (*Váse.*)

ESCENA IX

MANOLO, ANTONIA asomando la cabeza por la puerta izquierda.

ANTONIA. Me parecía oir hablar. ¡Ah! ¿Eras tú, Manolo? (*Saliendo contentísima.*) ¿Ya estás de vuelta? ¡Bravo! ¡Bravísimo!...

MANOLO. ¿Sí, eh?... (*Preocupado.*)

ANTONIA. ¡Estás preocupado! ¿En qué piensas?...

MANOLO. En... en *el no sé qué*. (*Mirando al fondo, por donde se fué Blanca.*)

ANTONIA. Te esperaba con impaciencia, porque tengo grandes noticias que darte. ¡Bueno! Antes dime... ¿Vienes de... allá?

MANOLO. Sí...

ANTONIA. ¡Habrás ganado terreno, naturalmente!... Tienes ingenio, recursos... atractivos...

MANOLO. ¡Que me ruborizo, prima! ¿Y tú? ¿qué tienes que contarme?

ANTONIA. Yo, no he perdido el tiempo. Se presentó la ocasión oportuna y he practicado punto por punto cuanto aprendí de aquella señora.

MANOLO. ¿De veras?

ANTONIA. Y el éxito ha sido piramidal.

MANOLO. ¿Sí, eh?

ANTONIA. Nunca he visto á mi marido como hace poco. Cuanto más fría é indiferente me mostraba yo, tanto mayor era su afán en demostrarme su cariño.

MANOLO. ¡Oiga!

ANTONIA. El método es eficaz. ¡Si le hubieras visto! «¡Antonia, Antonia!» Y luego al decirle: «¡No me quieres! ¡quiero morir!...» Se desesperaba...

MANOLO. ¡Es curioso!

ANTONIA. ¿Y cuando le dí con la puerta en las narices?... ¡después de romper dos ó tres objetos de poco precio!...

MANOLO. ¡Ah! ¿También hubo desperfectos?

ANTONIA. La primera parte ha salido á las mil maravillas. Ahora falta la segunda. Cuéntame tu entrevista con la maestra.

MANOLO. ¡Oh, oh! Es muy difícil trasladarte mis impresiones. Así es, que, lo más conveniente será dejarlo para mejor ocasión...

ANTONIA. ¡No... no... Manolito! Has de cumplir tu palabra. ¡Reñí con mi marido que se marchó furioso! Ahora necesito saber cómo se hacen las paces.

MANOLO. Pero Antonia...

ANTONIA. ¡No transijo! Al permitir que volvieras á visitar a Sara y no continuar mis estudios, fué sobre la base de nuestro convenio. Tienes que detallarme el capítulo de las atracciones... y demás recursos magnéticos... ¡porque ésto es para mí lo principal, lo imprescindible!

MANOLO. ¡Bueno!... ¿Quieres aprenderte todas las gracias, y los recursos para atraerte á tu marido? Pues pregúntaselo á una persona que está admirablemente enterada... ¡Una maestra superior!...

ANTONIA. ¿A quién?

MANOLO. A... (*Arrepintiéndose de decir Blanca.*) ¡A Sara!

ANTONIA. Vaya una noticia. Todo lo tomas á broma. ¡Vamos, primo!

MANOLO. ¡Antoñita!...

ANTONIA. También á ti se te ocurre llamarme Antoñita... Explícame. Sé complaciente.

MANOLO. Mira que es muy peligroso... el método...

ANTONIA. ¡No importa!

MANOLO. ¡Bueno, bueno! (La explicaré el de Blanca...)

ANTONIA. Como si lo viera... ella te habrá tomado las manos... Así (*cogiendo las manos de Manolo.*)

MANOLO. ¡Sí, sí! ¡Precisamente! — ¿Quién te lo ha dicho?

ANTONIA. Eso es rudimentario. (*Sin soltar las manos.*)

MANOLO. Yo le dije entonces lo natural... ¡Qué manos tan lindas tienes! (*Un poquito emocionado.*)

ANTONIA. Mi marido nunca me dijo semejante cosa.

MANOLO. ¡Pues te la dirá, con toda seguridad!... ¡Después una mirada hito en hito... y breve pausa! (*Se miran.*)

ANTONIA. Y ella... ¿qué?

MANOLO. Ella... me cogió con sus deditos la nariz.

ANTONIA. ¿La nariz? ¿Así? (*Cogiéndole por las narices con la mano derecha.*)

MANOLO. ¡Eso es! (*Hablando nasal.*) ¡Pero no aprietes!—Diciéndome al mismo tiempo: *¡Titi! ¡Titi!*

ANTONIA. (*Soltándole las narices.*) ¡No! ¡Lulú! ¡Lulú! diría.

MANOLO. Me dijo *¡Titi!* Lo recuerdo perfectamente.

ANTONIA. Por lo visto el repertorio es muy extenso.

MANOLO. Luego aproximándose. (*Se aproxima.*) Otra mirada persistente.... (*Suspirando y soplando.*) Vuelta á aproximarse. (*Aproximándose.*)

ANTONIA. ¿Más?... (*Apartándose.*)

MANOLO ¡Dijo otra vez *Titi*... después de recibir un beso en la mano! (*La besa.*)

ANTONIA. (*Levántase.*) ¡Vaya, vaya, Manolito! ¡Abusas del profesorado!... Eso en lugar de practicarlo... podía explicarse teóricamente.

MANOLO. ¡Prima mía... tú lo quisiste! (*Pasándose el pañuelo por la frente.*)

ANTONIA. ¡Bueno! ¡Bueno! (*Algo ruborizada.*)

MANOLO. Sigamos la lección...

ANTONIA. No, no. Ya he comprendido lo demás.

MANOLO. Darémos un repasito á la asignatura... ¡Anda!

ANTONIA. Basta, basta. ¡Márchate!

MANOLO. Mira que vas á salir *suspensa*...

ANTONIA. ¡No lo creas!... ¡Sobresaliente ó notable por lo ménos!

ESCENA X

Dichos, CÉSAR.

CÉSAR. (*Entrando.*) ¿Cómo van los tórtolos? ¡Ah! ¡Perdón! Creí que era el *Padre de la Pátria*.

ANTONIA. Adelante, adelante... Barón.

CÉSAR. Como había dejado aquí á los dos felices cónyuges en tierno coloquio...

ANTONIA. ¡Ah! ¡Pero el Conde partió... (*Dramática en cómico.*) Partió... furioso!...

CÉSAR. ¿Cómo es eso?

ANTONIA. ¡Volverá... volverá! ¡¡Querido profesor!! ¡Soy yo quien puede enseñarle á usted ahora! — ¡Volverá!

CÉSAR. ¡Más furioso que nunca! Conozco el carácter del Conde.

ANTONIA. ¿Quiere usted ver qué bien he aprendido la lección? Su mujercita ahora le aguardará cariñosa y mirándole así... se aproximará á él...

MANOLO. ¡Vaya! ¡Vaya! Antonia... Esas cosas...

ANTONIA. Déjame hablar. Yo le abandonaré las manos y él me dirá: «¡Qué manos tan lindas!...» Después yo... le tomaré entre el índice y el pulgar la nariz...

CÉSAR. ¿La nariz?... ¡Ah, sí! la han enseñado bien! ¡Es un método irresistible! Lo conozco...

MANOLO. Prima, no permito que continúes...

CÉSAR. ¡Déjala, hombre!

ANTONIA. Y yo le diré al mismo tiempo: *¡Lulú! ¡Titi!*

MANOLO. ¡Nada de *Titi!*

CÉSAR. Sí, sí. *¡Titi! ¡Titi!* ¡Muy bien!

MANOLO. ¡Nada de eso!

CÉSAR. ¡Magnífico! ¡Ya sé quién te ha dado esas lecciones! ¡Mi mujer! ¡Blanca!

ANTONIA. ¡No; mi primo Manolo!

CÉSAR. (*Sorprendido.*) ¿Tú? ¿El?

MANOLO. ¡No es cierto!

ANTONIA. ¿Cómo que no es cierto? ¡Lo sabe por experiencia él...

MANOLO. ¿Yo?... ¡Antonia!

CÉSAR. (*Preocupado.*) ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Tiene gracia! ¡Tiene gracia!

ANTONIA. ¿Qué le sucede, Barón?

CÉSAR. Como ese es el sistema de mi mujer...

ANTONIA. ¿Qué?... ¿Blanca usa el mismo método que Sara?...

MANOLO. (¡Estoy fresco!)

CÉSAR. ¿Sara? ¿La bailarina? ¿Qué tiene ella que ver?...

MANOLO. ¿Ves Antonia? Por tu charla hay que contarlo todo... (*Confundido.*)

CÉSAR. Lo deseo, porque... me interesa aclarar...

MANOLO. Ciertas costumbres... digamos íntimas, las aprendí de Sara... á quien hemos visitado hoy Antonia y yo.

CÉSAR. ¿Antonia ha visitado á Sara? ¿De veras?

ANTONIA. Sí, señor.

CÉSAR. ¡Cáspita!

ANTONIA. Fuímos con la escusa de recoger donativos para el asilo de los niños.

CÈSAR. ¿Y habéis descubierto...? (*Asustado.*)

MANOLO. ¡Descubierto... nada!

CÉSAR. ¡Ah! ¡Menos mal!

MANOLO. Unicamente hablando... Sara nos impuso en su método... de atracción... ¿Verdad, Antonia, que fué ella... ella?

ANTONIA. ¡Ella!... Y mi primo... como intérprete, me repetía el sistema hace poco. Se vé que son costumbres generalizadas...

CESAR. ¡Ya... ya comprendo ahora! Estas coincidencias me habían alarmado.

ANTONIA. Es natural. (*Siguiendo los ademanes de Manolo.*)

CÉSAR. ¡Lo agradezco de veras!... (*Estrechando la mano de Antonia y de Manolo.*)

MANOLO. ¿Por qué? (*Preocupado.*)

CÉSAR. Por haberme puesto al corriente. Es necesario que Blanca modifique su método.

ANTONIA. ¡Es claro!

CÉSAR. ¡Tiene gracia la cosa!... Cuando lo sepa mi mujer!... (*Riendo.*)

ANTONIA. ¡Quedará maravillada!...

CÉSAR. ¡Qué coincidencia! (*Yendo hácia el fondo.*) ¡Blanca! ¡Ven acá! ¡Blanca!

MANOLO. (*Con reconvención, bajito á Antonia, ocultando su miedo.*) (¡Ha salido bien por milagro!)

ANTONIA. (¿Pero en qué quedamos? ¿Te ha enseñado el método Sara ó Blanca?...)

MANOLO. (¡Por favor habla más bajo!...)

ANTONIA. (¿Pero cómo... tú...? (*Mirando á César y á Manolo.*) ¡No es posible creerlo!...)

MANOLO. (¡No lo creas...!) (*Oyese al Conde.*)

ANTONIA. (¿Es él? ¡Ah, mi marido!...)

ESCENA XI

Dichos, el CONDE.

CONDE. (*Agitado. Se detiene en el quicio de la puerta y conmovido exclama:*) ¡Antonia!... ¿Aquí?... Necesito hablarte...

CÉSAR. En ese caso... (*Marchándose.*)

CONDE. ¡No! Tú estás enterado de todo. ¡Quédate! Hazme el favor.

MANOLO. Os dejo en libertad de... (*Marchándose.*

CONDE. ¡No! ¡Quédate tú también! (*Con ira á Manolo.*)

ANTONIA. ¿Pero qué pasa?...

CONDE. ¡Antonia! ¡Yo me declaro el peor de los maridos!

ANTONIA. ¿Y me lo dices tú mismo? (*Satisfecha.*)

CONDE. ¡En lo sucesivo yo te contaré todas mis cuitas... ¡Para ti será mi amor eterno!... ¡Te lo juro!...

ANTONIA. (*Completamente feliz, á César.*) ¿Eh?... ¿Pude encontrar ó no por fin *el no sé qué*... famoso?

CONDE. Ahora es inútil que me lo niegues. ¿Tú has estado en casa de Sara?

ANTONIA. ¿Qué? (*Sorprendida.*)

CONDE. ¡Tú has estado allí!

ANTONIA. (*Después de breve pausa.*) Ya que lo sabes... ¡Es cierto! Estuve con mi primo Manolo.

CONDE. ¡Ah! ¿El fué quien te lo dijo?... Lo suponía.

ANTONIA. El me acompañó.

CONDE. ¡Lo sé! ¡lo sé! (*A Manolo.*) ¡Confesarás que ha sido una acción poco delicada la tuya!

MANOLO. ¿Cómo?

CÉSAR. Pero... no. ¡Perdona... Conde!...

CONDE. ¡Poco delicada! lo repito. ¡Denunciarme de ese modo á mi Antonia! ¡Sembrar la discordia en el ma-

trimonio...! ¡Buscar el rompimiento entre mi mujer y yo acompañándola á casa de Sara para sorprenderme!...

MANOLO. ¡Pero... hablemos claros!...

CONDE. La bailarina sólo fué para mi un pasajero capricho...

ANTONIA. ¿Capricho? (*Asombrada.*)

CONDE. (*A César que por signos le dice que calle.*) ¡No quiero callar! (*A Antonia.*) Pasajero capricho. Si Sara te hizo creer que era mi amante, ha exagerado por causar un escándalo, mientras que entre los dos todo concluyó... y pongo por testigo á César, que está bien enterado!..

ANTONIA. ¡Ah! ¿El Barón estaba bien enterado?...

CONDE. ¡Ya lo creo! (*A César.*) ¡Vamos! Habla, habla tú...

CÉSAR. ¿Y qué he de decir?

MANOLO. Pero explíquenme ustedes...

ANTONIA. ¡Si la cosa está clara, clarísima, primo! Mi marido conocía ya á Sara, porque él... era... el *prometido*... el *novio* de quien nos habló. Porque las comisiones... parlamentarias y las *relaciones electorales* eran con *ella* y no con el colega el diputado. Ella era *Fifí* y él *Lulú!*

CONDE. Es decir que...

ANTONIA. Y como la *otra* le puso de patitas en la calle se vuelve á mi apasionado... afectuoso... dulce...

MANOLO. ¡Ay! ¡Lulú! ¡Lulú!... (*Al Conde reconviniéndole.*)

CONDE. ¿Pero Antonia no sabía...?

CÉSAR. Fué á recoger donativos...

MANOLO. ¡Y á imponerse del *no sé qué*... peculiar en Sara, para infundirte el amor por medio de la atracción!

CONDE. ¡Oh!... (*Dejándose caer en una silla.*)

MANOLO. ¡Eso es!...

ANTONIA. ¡¡Ah!! (*Dando un grito de ira y de desprecio, trata de marcharse por la izquierza; Manolo la detiene. Ella se sienta en el sofá llorando.*)

ESCENA XII

Dichos, BLANCA (sin sombrero.)

BLANCA. ¡Señores... la hora de comer! ¿Eh?... ¿Qué pasa?.. ¿Qué ha ocurrido?...

CÉSAR. ¡Una mala inteligencia! ¡Un error!...

ANTONIA. ¿Y lo llama error!... Si todos lo sabemos .. sí, sí. ¡Y lo diré muy alto! ¡Mi marido es el íntimo de Sara la bailarina!

BLANCA. ¡Oh, imposible!

CONDE. (*Excitando á César.*) (¿Pero tú por qué no me impediste que hablara?)

CÉSAR. Yo...

CONDE. ¡Tú sabías perfectamente todo lo que pasaba entre la bailarina y yo!

BLANCA. ¡Ah! ¿Con que mi marido sabía?...

CÉSAR. ¡Si no me diste tiempo ni para taparte la boca!... ¡No haber caído en la trampa!

CONDE. ¿Quién no iba á caer?... Oigo decir á Sara que ha recibido la visita de Manolo acompañado de una mujer, y yo... receloso ya por un coloquio sostenido antes aquí me convenzo de que su compañera había sido Antonia que había ido allá para descubrirlo todo. — Pero la cosa no para en esto. ¡No! Porque después otra *dama* aristocrática se ha presentado en aquella casa fingiéndose también esposa de Manolo... (*Manolo se exaspera. Antonia serena, escucha con interés.*)

CÉSAR. ¿Otra dama? (*Blanca se turba.*)

CONDE. ¡Otra, sí!

CÉSAR. ¿Y quién era?

CONDE. ¡Vaya usted á saber!...

MANOLO. Perdonen ustedes. Eso no creo que tenga que ver nada con...

CONDE. ¡Ya lo creo! ¡Voy á fondo! ¡A fondo!

CÉSAR. ¡Justo! Y yo te ayudaré á sondar...

MANOLO. (¡Adiós! ¡Buen par de buzos!...)

BLANCA. (*Irónica.*) Lo maravilloso es que seas tú... tú,

queridísimo marido, el que ayudes al Diputado á descubrir quién era aquella dama. — ¡Yo la descubriré!... ¡La dama aristocrática, era yo!

CÉSAR. ¿Tú?

BLANCA. Una esposa, que hace tiempo sabe que su maridito interviene en ciertas *relaciones... electorales...* ¡qué tal vez es culpable también! y celosa, ha querido conocer la verdad.

CÉSAR. ¿Y cómo sabías tú?...

BLANCA. ¿Que tú estabas metido en el ajo?... ¡Cuando yo me decidí á investigar era señal de que estaba en autos y trataba de enterarme por mis propios ojos!... (*Dramática.*) Ahora, Barón, estás en tu derecho de criticar el paso que he dado á impulso de los celos y por el interés que me inspiras. ¡Ha sido una debilidad!

CÉSAR. ¡Je je!... ¡Celosilla!...

ANTONIA. (Ah, yo creí que estaba celosa de ti. (*A Manolo.*)

MANOLO. (¡Qué locura!)

ANTONIA. ¡De modo que la *otra* queda triunfante y yo... engañada! ¿Es esta la moraleja de la comedia?

CONDE. ¡Antonia!... (*Ruega con ternura.*) Olvida mis agravios...

BLANCA. ¡No seas muy severa!

ANTONIA. Sí; tienes razón. ¡Después de todo... no vale la pena!...

CONDE. No digas eso. ¡La lección ha sido contundente!

BLANCA. ¿Estás contento... *Titi?*

CÉSAR. No, Blanca, basta de *¡Titi!*... y de titeo.

BLANCA. ¿Por qué?

CÉSAR. ¡Porque la palabreja forma parte del repertorio de... Sara!...

BLANCA. ¿Y cómo sabes?...

CÉSAR. ¡Me lo ha dicho Manolo! (*Suena dentro la campana de la comida.*)

MANOLO. ¡A la mesa! ¡A la mesa!

ANTONIA. (*Aceptando el brazo que le ofrece el Conde.*) Supongo que en adelante no tendré que recurrir á buscar *métodos* y sistemas de atracción... y... que

mi marido adquirirá la *formalidad* y *rectitud* indispensables en todo aquel que aspira á ser un cumplido *Padre de la Pátria.* (*César apoyado en el brazo derecho de Blanca. — Manolo en el otro brazo van hácia el fondo. El Conde dando palmaditas en la mano de Antonia.*

CONDE. ¡Tú lo has dicho!...

ANTONIA. (*Al público.*) ¡Se levanta la sesión!

FIN DE LA COMEDIA

POLIZA N. 13.801